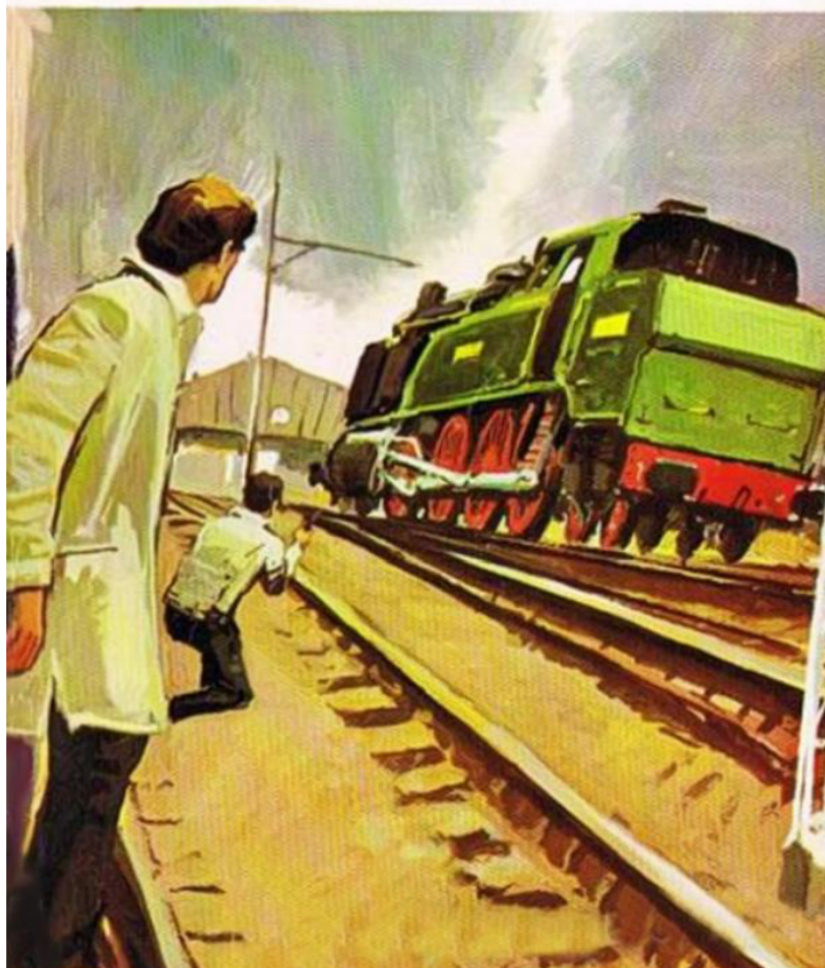


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

Cockery Row a las ocho

Kelltom McIntire



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

**Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,**

UN MILLON DE PESETAS

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

KELLTOM McINTIRE

COCKERY ROW A LAS OCHO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 584

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 21.159 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1973

© KELLTON McINTIRE - 1973

texto

© DESILO, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BRAVO OESTE:
483 — La pista de los cien mil.
- En Colección PUNTO ROJO:
569 — La muerte se llama Cynthia.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.122 — Roja es la venganza.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
988 — Pasaporte al Más Allá.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
48 — Del temple de los héroes.

CAPÍTULO PRIMERO

Los presos avanzaban por la galería, cansinamente.

Como tantos otros días, como miles de días atrás, como otros miles de días tendrían que seguir haciéndolo después. Siempre al son del silbato del oficial Shoals.

Mark Rilla caminaba en la formación de la brigada «Z». Delante de él, Kenton, un larguirucho condenado a cadena perpetua, movía como un pato sus pies, acomodándose al silbido del oficial Shoals.

Rilla se salió unos centímetros de la fila para mirar a John Finch, que caminaba dentro de la formación de la brigada «Y».

De repente, como si se hubiera vuelto loco, Rilla empujó con todas sus fuerzas al larguirucho.

Kenton dio dos o tres pasos como una palmípeda que aterriza demasiado aprisa y se llevó a Smith y Harlow por delante.

Harlow se levantó inmediatamente y sacó su cuchillo. Bueno, no era un cuchillo, sino una simple chapa bien afilada.

Lo suficiente, en cualquier caso, para abrirle al larguirucho más de media docena de ojales en el pecho.

—¿Estás loco, estúpido? —barbotaba ya Harlow, con las piernas entreabiertas y los ojos llameantes—. Atreverse a tirarme al suelo, pedazo de bastardo... ¡Voy a rajarte en canal!

Kenton, demasiado asustado, retrocedió y clavó su codo en el costado del oficial Shoals, que lanzó un grito de dolor y comenzó a soplar en su silbato desafortadamente.

En unos instantes, una tremenda algarabía surgió en el corredor.

Dos docenas de presidiarios luchaban a puñetazo limpio, golpeándose salvajemente.

Rápidamente, Rilla se había acercado a Finch y le apartaba fuera del tumulto.

—¿Estás loco? —Finch tenía los ojos muertos, inmóviles—. ¿Has pensado en una fuga?

—Calla —ordenó Rilla, sin mover los labios—. He recibido el «contacto». ¿Recuerdas que me llamaron, para comunicar?

Finch asintió.

Un retén de guardias corría hacia la galería, alzando sus temibles «quebrantahuesos».

—Era «Scruples» Cooke. Está dispuesto a ayudarnos. Conoce a Shoals. Le «untará». ¡Podemos conseguirlo, Johnny! Todo está dispuesto.

—¿Estás seguro? —Finch era condenadamente desconfiado.

—Te lo explicaré todo con más calma mañana mismo.

A la entrada de la lavandería. Pide permiso para ir a los urinarios. Te esperaré. ¿De acuerdo?

—*Okay* —respondió Finch, separándose del muro—. Será mejor que vuelvas rápido a la formación si no quieres que esos «boquis» te calienten los sesos.

En aquel momento, los guardianes comenzaron a dejar caer sus temibles porras sobre las espaldas de los hombres que continuaban enzarzados.

—¡Me empujaron, maldición, me empujaron a traición! —lloriqueaba Kenton. Y era lastimoso contemplar su rostro hinchado como una pera de California.

Pocos minutos después, los vigilantes habían logrado sofocar el tumulto y los presos eran encerrados en las celdas.

Tumbado sobre su camastro, aguantando los ronquidos descomunales de Joe Hammond, Mark Rilla reflexionaba.

Pensaba en Johnny Finch, escurridizo, cauteloso, valiente como una fiera. En verdad, Finch era capaz de las mayores crueldades y de las más ínfimas bajezas.

Un hombre bragado, trabajado, con el corazón sereno, frío como el de una serpiente.

¿Cómo iban a ir las cosas?

Mark sabía muy bien que iban a exponer la piel. En la cárcel, las cosas no iban tan mal; tres comidas calientes al día, un camastro para dormir... Incluso un paquete de cigarrillos de cuando en cuando...

Sus potentes pulmones se hincharon del aire viciado de la celda. El *water* olía espantosamente a orines rancios.

Finch quedó relegado, inconscientemente, a un segundo

término.

Sus pensamientos se dirigían ahora, obsesivamente, a Rosemarie Polk, a quién él había llamado cariñosamente Rosy.

Simultáneamente, recordando la silueta adorable de Rosy, llegó el recuerdo de Archie McCumball.

Archie, el mejor amigo suyo. El amigo en el que podía tener toda la confianza del mundo.

Cerró los ojos.

Veía la negra gravilla manchada de brillantes manchas rojas.

¡Rubíes!

Las piedras se habían ido vertiendo del saco que llevaba Archie.

Más allá de los tinglados de la estación de Botlow.

Mark veía a los policías. Corrían, agachados, protegidos tras los metálicos vagones estacionados en la vía muerta.

—¡Mark! —gritó Archie, descompuesto—. ¡Esto es el fin! ¡Nos matarán como a ratas rabiosas!

Archie estaba llorando.

Por su rostro bien parecido, guapo, abiertamente guapo, corrían las lágrimas, abundantes.

—No llores —dijo Mark. Con rabia.

Pero Archie temblaba de espanto. Hasta el revólver había caído de entre sus dedos y estaba allí, cerca de los raíles.

—No llores, muchacho —dijo Mark con dureza—. Te previne. No todo eran guapas chicas, dados y música. Te dije que algún día te verías acorralado por la policía. Que tendrías que dominar tus nervios y empuñar el revólver...

Un pitido agudo le obligó a callar.

Archie había perdido el control de sus nervios por completo.

Los dos eran de la misma edad. Ambos habían regresado del Vietnam unos meses atrás.

—Pero... ¡Mark! Esto no es como yo imaginaba. Creía que todo sucedería como en las películas de *gangsters*...

Mark lanzó una risotada amarga.

¡Como en las películas de *gangsters*, decía Archie...!

Hembras preciosas, lujo y derroche. Después una aventura, unos restallidos de metralleta, el olor de la pólvora, una huida presurosa y... vuelta a empezar. En olor de héroes.

Los policías estaban ocupando posiciones, aquí y allá. Se movían

sin prisas. Con la seguridad del cazador que tiene al gamo apresado en los matorrales, seguro, sin escapatoria posible.

Luego empezó a resonar el megáfono.

La voz, agrandada, elevaba ecos en el pretil próximo.

—¡Les habla el *sheriff* McCartney! Controlamos su situación, no podrán huir, muchachos. Les doy diez minutos de plazo para entregarse. Después... mis hombres recibirán orden de disparar al cuerpo.

Archie ahogó un grito de pánico en su garganta.

—¡Mark...! Yo... Yo no quería esto —sollozó.

Y Mark Rilla sintió ganas de abofetearlo. Pero Archie era su amigo.

Miró, sin ver, los alrededores de la cuneta que ocupaban vientre a tierra.

Mack apretaba la pistola ametralladora entre sus dedos.

El cargador era capaz para treinta cartuchos calibre treinta y dos. Y todavía tenía tres cartuchos de repuesto.

La triste verdad era que él tampoco tenía ganas de disparar contra aquellos hombres.

Al fin y al cabo, el *sheriff* McCartney y los otros, ¿qué otra cosa estaban haciendo sino cumplir con su obligación?

Archie seguía gimoteando junto a Mark.

Rilla miró el desagüe tubular que cruzaba las vías, ¿dónde diablos iría a parar? ¿A las cloacas?

No le hacía gracia meterse en aquellas negras profundidades apestosas, llenas de ratas.

—Archie, ten valor. Podemos salvarnos. Vamos por ese desagüe —dijo.

Archie se quedó pálido. Se estremecía de terror. Podía afirmarse que sentía más miedo ante la proposición de Rilla que, incluso, entregarse a la policía.

Muy cerca, dos carriles más allá, había un vagón-tanque «Esso».

La idea pasó fulminantemente por la mente de Rilla. ¿Qué tal acabar allí mismo? Sólo había que correr hacia el tanque, abrir una espita, disparar contra el charco de gasolina...

En una décima de segundo, Mark Rilla estuvo a punto de terminar su vida de aquella forma; disgregado en pedazos infinitesimales.

Luego miró a Archie. Sintió compasión. Archie tenía miedo. Y unas ansias desproporcionadas de seguir alentando.

Por otra parte, estaba Rosy. Alguien tenía que cuidar de ella.

Forjó todo el plan en unos segundos.

—Recoge las joyas, Archie —ordenó—. Vas a entrar; por ese desagüe que lleva a las cloacas. Atate la bolsa al cuerpo. No debes perderla. Yo estaré aquí, conteniendo a la policía. No pasará nada. Tienes la linterna. Será como un paseo en el Metro. Andando.

—¡No! —gritó Archie, espeluznantemente.

—Sí —afirmó Mark con frialdad—. Quiero que protejas a Rosy. La cuidarás por encima de todo. Ellos no saben si somos uno o dos. Fui yo sólo el que asaltó la joyería, ¿no? Prométemelo, cuida de Rosy.

—Pero si no...

—Arrástrate, reptá por ese túnel. ¡Te juro que si no obedeces te mataré aquí mismo!

Archie retrocedió aterrado. Cuando estuvo fuera de su vista, Mark elevó la pistola y disparó una andanada a lo alto.

Las armas de los policías contestaron inmediatamente con fuego graneado.

—¡Entregaos! Es vuestra última posibilidad —volvió a gritar el jefe de policía McCartney.

Mark rió tristemente.

Ni siquiera se molestó en contestar a los disparos. Tenía que dejar correr el tiempo. Permitir que Archie huyera lejos con las joyas que suponían la seguridad para el muchacho y para Rosy.

Se arrastró lentamente por el suelo, siempre con la pistola empuñada, y llegó junto a la boca del desagüe.

Estaba vacía en todo lo que su linterna alcanzaba.

—Ha decidido escucharme, obedecerme —dijo. Y sonrió levemente. Claro que Archie no era mal chico.

Todavía aguardó, fumando un cigarrillo tranquilamente, mientras por encima de su cabeza zumbaba el plomo caliente.

Rellenó el desagüe con cartones viejos y trapos. Luego se ensangrentó los dedos tajándolo con negra escoria de carbón.

Ruido de pasos crujiendo sobre la gravilla llegó a sus oídos.

Entonces, Mark tiró lejos la pistola y se echó boca abajo, con las manos sobre la nuca.

Una ráfaga de metralleta levantó barro sobre su rostro.

Un momento después se alzaba del suelo, rodeado por una veintena de policías armados.

CAPÍTULO II

No podía dormir.

Mark Rilla podría llevar siempre en su rostro la máscara de la indiferencia, de la más helada pasividad.

Pero no era más que un hombre cualquiera, aunque fuese más alto, más fuerte y más osado que los otros.

No podía dejar de pensar en las palabras de Alexander Page.

—¿Archie McCumball? Sí, es un hombre afortunado. Comenzó con dos camiones viejos hace cinco años. Es curioso; exactamente la fecha en la que ingresaste en prisión, Rilla.

Comenzó con dos coches, con dos viejos camiones... cuando tenía dinero para comprar toda una flota.

«Inteligente Archie», le alabó mentalmente Mark. Había sabido emplear dosificadamente el inmenso montón de dinero que las joyas de la «Kenhare Jewelry» representaban.

Aunque lo hubiera malvendido, Mark podía calcular que Archie habría obtenido, al menos, trescientos mil dólares.

«El mejor golpe de nuestra vida —había dicho el propio Archie—. El decisivo, Mark. Seremos importantes, sin dar golpe en adelante...»

Page se había echado el sombrero hacia atrás.

—Ahora tiene más de cincuenta camiones que recorren el país de norte a sur y de este a oeste. Todo el mundo le respeta. Impone su voluntad en varias empresas comerciales... Se podría decir que Archie McCumball ha triunfado plenamente, ¿no es cierto, Rilla?

Mark asintió, sinceramente satisfecho.

Cierto que Archie no se había molestado en hacerle la fácil en prisión, que ni siquiera había ido a verle una vez.

Pero Mark sabía que todas las precauciones eran pocas en un caso así. Razonablemente, Archie no quería que le relacionasen con Mark Rilla.

Llegaría un momento, cuando Mark volviese a la libertad, en que Archie se acercaría a él y le diría, después de darle una palmada en la espalda:

—La mitad de esto te pertenece, Mark, viejo socio. Tú lo conseguiste y yo le he dado forma legal. ¡Vivamos la vida ahora!

Sí, Mark estaba seguro de que las cosas iban a producirse así.

A veces, cuando la soledad y el cansancio de la cárcel le asaltaban, quizá se había preguntado por qué Archie no había intentado sacarle de la cárcel. Por la vía recta o... por la otra.

Pero Mark pensaba, invariablemente, que Archie quería hacer las cosas bien desde el principio al final.

—¿Sabes una cosa, Mark? —Alexander Page sonreía simpáticamente—. Cuando te detuve aquel amanecer, junto a las vías, siempre imaginé que iba a encontrar a Archie McCumball metido en el ajo...

Ni un músculo facial se movió en el rostro pétreo de Mark Rilla.

Estaba preparado para ello. Había tenido que responder a muchas preguntas antes de ser enviado a la prisión.

Pero siempre se había mantenido en sus trece; nadie fue su cómplice, nadie le ayudó.

¿Las joyas?

Las había perdido en la huida, muy cerca del respiradero de Culband. Tal vez el saco había ido a parar a una cloaca...

—Se equivocó, amigo. Se equivocó —dijo Mark a Alexander Page, moviendo levemente la cabeza en ademán negativo—. Soy un lobo solitario.

—Bien, olvidemos eso, Rilla. Te he traído un par de cartones de cigarrillos. No. No trato de sonsacarte. Te he traído tabaco otras veces, sin poner mi nombre en el paquete, Mark...

Mark no dijo «gracias». Esperaba.

—Rilla...

—¿Qué...?

—He hablado con el director de la prisión. Podrías salir en libertad condicionada dentro de unos seis meses... si obtuvieses un informe favorable. Me han enseñado tu expediente penitenciario. No está mal. Pero necesitarás más. Trabajo, por ejemplo. Yo puedo conseguirlo para ti.

—Y... ¿qué más?

Page esbozó un gesto de desencanto.

—Bueno, tendré que hablar con el asistente social que te adjudicasen. Tiene que haber alguien dispuesto a responder por ti. Yo no puedo hacerlo, ya me he informado...

Una leve música comenzó a sonar en el corazón de Mark Rilla.

¡La libertad! ¡Rosy!

Para él, Rosy y la libertad sonaban al mismo ritmo.

Rosy era la libertad; la libertad era Rosy. Sin ella, qué significado podía tener, a tales alturas, la libertad.

Mark se había cansado ya de jugar a los *gangsters*.

El exceso de vitalidad que poseía lo había vertido ya atravesando los fangales de Vietnam y corriendo como un loco delante de la policía.

Había ahora muchas cosas que comenzaban a contar para él. Rosy siempre en primerísimo plano. Después... una casita, un pequeño negocio... Un taller de automóviles, por ejemplo. Las manos de Rilla eran expertas montando y desmontando, utilizando las llaves fijas, el torno, el esmeril...

¿Por qué no pensaba entonces en los millones de Archie McCumball, que también le pertenecían? Era lo de menos.

Miró a Page.

Los ojos del policía le miraron sin pestañear.

—¿Qué...?

—Yo... Bueno... No sé decirle... —balbució. Y era extraño que Mark Rilla no supiera explicarse con fluidez, porque siempre había tenido la palabra muy viva y fácil.

—No digas más. Vamos a hacer por ti algunas cosas, muchacho. Por supuesto, nada de volver a las andadas, ¿eh? ¿Conoces a Bert Grimsey? El del garaje. Me dijo que habías trabajado para él algunas veces, que le gustabas.

«Lástima de muchacho equivocado. ¡Tenía unas manos de oro para los automóviles!», me dijo la última vez que le vi. Pues bien, el viejo Grimsey estaría dispuesto a emplearte. ¿Qué te parece?

¿Qué podía decir?

Todo lo que podía expresar estaba en sus ojos brillantes, en sus labios temblorosos...

Luego volvió a retraerse. Fue como un chispazo de desconfianza.

—Muy bien, señor Page. Sólo me gustaría saber por qué hace

esto —las palabras volvían a fluir muy claras.

Alexander Page sonrió tímidamente.

—Verás... Tu padre me salvó de un atasco en cierta ocasión, cuando yo era aún muy joven. Él fue quien me aconsejó que ingresara en la policía. Pero hay más...

—¿Más...? —El monosílabo había salido como un disparo.

—Sí. Hay una mujer. Se llama Rosemarie Polk y fue a visitarme hace algunos meses. Me suplicó que hiciera algo por ti... Tenía lágrimas en los ojos. Esa muchacha... debe amarte mucho, Mark.

Sucedió un silencio.

Mark permanecía silencioso, con el cerebro ocupado por una ráfaga de pensamientos.

¡Rosy no le había olvidado!

—Está bien, Rilla —dijo Page, carraspeando levemente—. He de marcharme. Entro de servicio a las dos. ¿Estás de acuerdo en todo?

Marck tuvo que aclararse la voz.

—¡En todo, señor Page! Y dígle a Rosy que estoy dispuesto a comenzar con ella una vida muy diferente.

—Buen chico. Volveré a verte dentro de unos días.

Mark se rebulló, inquieto en la cama.

Debajo, Hammond interrumpió sus ronquidos y barbotó:

—¿Qué diablos te pasa, Rilla? Llevo dos horas sin dormir, ¿comprendes? Será mejor que...

—Calla esa bocaza, Hammond, o te la cerraré a golpes —la voz de Mark sonaba fría e incisiva.

Hammond no contestó.

Los pensamientos vinieron a asaltar nuevamente a Mark Rilla. Atormentadores, obsesivos, enloquecedores.

Alexander Page había cumplido su palabra. Había vuelto una semana después. En realidad, sólo hacía unas horas que Rilla se había separado de él.

La esperanza que el policía había hecho nacer con sus palabras, se había transformado en horribles tinieblas.

En cuanto vio a Page al otro lado del cristal, el presidiario supo que algo extraño le sucedía.

—¿Qué...?

—Voy a causarte un gran dolor, muchacho.

En realidad ni siquiera quería venir a verte.

—¿Se ha estropeado lo de mi libertad, no es eso? —preguntó Mark.

—Algo mil veces peor, Mark. Tienes que ser fuerte. Lograrás la libertad, yo te ayudaré, pero lo otro...

—¡Reviente, por todos los diablos del infierno! —bramó Mark, impaciente—. ¿De qué se trata?

A Page le salió la voz demasiado ronca.

—Rosy. Rosemarie Polk ha muerto. Su cadáver fue encontrado muy cerca de esta prisión, en un descampado. Apenas hace un par de días. La han apuñalado horrorosamente...

CAPÍTULO III

Una frialdad de hielo le envolvió.

¡Rosy... muerta!

Cerró los ojos, mientras escuchaba la voz del policía runruneando palabras de consuelo.

Rosy, pequeña, diminuta, mil veces hermosa... muerta. ¡Muerta para siempre!

Ni siquiera podría verla, ni besar sus labios fríos, yertos.

El rostro del preso se crispó en una horrible mueca de odio, de furor infinito.

El cristal, grueso como un dedo, vibró bajo la presión de sus manos.

—¡Mark, Mark, domínate! —Era la voz de Page—. ¡Lo echarás todo a perder! ¡Y no hablo, simplemente, de tu libertad!

Permaneció inmóvil, con todos sus músculos en dolorosa tensión, durante un espacio de tiempo que se le antojó eterno.

—Hábleme, dígame algo —pidió después en voz baja, susurrante.

—Mark, sospecho de Archie McCumball —dijo el policía.

¡De Archie! ¿Cómo era posible sospechar de Archie, su mejor amigo?

—Es posible que no lo haya hecho Archie con sus manos. Pero me atrevería a apostar que fue él quien decidió la muerte de Rosy.

—¡Dios santo! Pero... ¿qué hace la policía si eso es cierto? —El rostro bronceado del presidiario había perdido el color y sus labios estaban terriblemente morados.

—Le hemos tenido en el cuartel de policía. Demostró que había permanecido en un local céntrico durante cuatro horas seguidas. Hubo que descartarle. Se mostró muy ofendido. Dijo que él cargaría con los gastos del funeral...

Mark relajó sus músculos lentamente. Tenía que mantener su

vigor para... para matar a Archie, si era cierto lo que Page apuntaba.

—Trata de acusarle, Page... ¡Lo hace con mala intención!

—¡Escúchame! —El policía se sentía ofendido—. Rosy me confesó que había tomado un empleo para huir de McCumball. No fue muy explícita, pero adiviné lo que pasaba. Hoy mismo he podido comprobarlo.

¿A qué se refería Page?

—Katy O'Neil, ¿la recuerdas? Era muy amiga de Rosy. Vino a confesarme que había escuchado cómo Archie amenazaba a tu novia, Mark. Estaba asustada. Katy había dudado entre visitarme o no. Ahora la tengo encerrada en una celda. Ella misma me suplicó que la pusiese a salvo de tu amigo.

Mark tenía ganas de volver a su celda. De derrumbarse en el camastro, de dejar su cerebro en blanco, de encontrar desesperadamente el consuelo en el olvido más completo.

Pero apretó las mandíbulas hasta rechinar los dientes y se mantuvo en el locutorio.

Unas lágrimas habían corrido por sus duras mejillas hasta gotear por la cuadrada barbilla marcada con un rasguño nortvietnamita.

—Si es cierto, le mataré... —aseguró fríamente.

—No. Puedes hacer algo mejor, Mark. Escúchame, soy tu amigo...

«Soy tu amigo», decía Page. ¿Un amigo como Archie?

—Yo te diré lo que puedes hacer. Vas a fugarte.

Mark miró al policía, sin expresión.

Las palabras, después del terrible golpe emocional acabado de recibir, parecían carecer de sentido.

—¿Fugarme? Quizá lo haga. Quizá pierda los nervios y...

—¡No, no, no...! —bramó el policía—. Escúchame. Baja la voz cuando me contestes. Voy a utilizar a «Scruples» Cooke. Tú lo conoces. Él te facilitará la fuga. Va a ser difícil para ti...

—¡Pero...! —Mark recordó la advertencia de Page y bajó la voz—. Pero ¿es que puede hablar en serio?

—¿En serio? —El rostro del policía se había tensado—. Escucha, el teniente Bannigan y yo vamos a exponer nuestras placas.

—¿Entonces...? —preguntó Mark, confuso.

—Quiero que te fugues. Pero debes llevarte a otro hombre

contigo. Se llama Finch y está condenado a veinte años por robo y homicidio.

—¿Por qué Finch? —Mark no podía comprenderlo—. ¿Qué significa...?

—Baja la voz. Finch tiene un hermano, Bob Finch, de treinta años. Sospechamos que Bob Finch apuñaló a Rosy por orden de Archie McCumball. Pero Bob ha desaparecido. Esperamos que Johnny conozca su escondrijo.

A Rilla, las ideas le daban atroces vueltas en la cabeza.

—No lo comprendo. Pero estoy de acuerdo. ¿Cuándo?

—Ten calma. «Scruples» es conocido de todos los personajes del hampa. Pero nadie sabe que es confidente de la policía. Por eso vamos a emplearle, como cabeza de turco. Fingiremos que «Scruples» soborna a uno de los guardias. Shoals tiene la misión de inspeccionar diariamente las alcantarillas...

De nuevo las cloacas.

La huida debería ser a través de las cloacas. Shoals iba a dejar abierta, a propósito, la gruesa reja que evitaba todo intento de fuga por las alcantarillas.

—¿Comprendes? Pero quiero que todo parezca natural, que logres la confianza de Finch. Nuestro plan es éste: Descubrirás a Bob Finch y nos avisarás. Sólo eso. Nosotros nos ocuparemos del resto.

Mark asintió.

Desde luego no le costaba nada estar de acuerdo. Luego... él se las arreglaría para hacer lo que hubiese decidido.

Pero la decisión latía en todo su ser. No había otra consigna que aquélla: descubrir la culpabilidad de Archie.

Y después, matarlo.

«Lo haré con mis propias manos —se propuso—. Me recrearé en su agonía».

—No volveré a verte, Mark. Si Finch está de acuerdo, solicitarás comunicación con «Scruples» Cooke. Ésa será la señal para que estemos prevenidos...

Cuando Mark Rilla abandonó los locutorios, llevaba la muerte en el alma. La muerte y la más negra desesperación.

Tenía ganas de llorar, pero no lloró.

En el taller, buscó un momento propicio y habló ligeramente con Johnny Finch, aquel individuo de expresión hierática y mirada

huidiza.

Finch, condenado a veinte años, aceptó su propuesta.

Escuchó las explicaciones de Rilla y comprobó que sus datos concordaban con la realidad.

Sólo faltaba, pues, la ayuda de «Scruples» Cooke.

—¿Por qué va a hacerlo «Scruples»? —había preguntado, con vidente desconfianza Finch.

—Por dinero, naturalmente. ¿No sabías que Archie McCumball es mi socio?

Finch sonrió por primera vez.

—Entonces, hecho. Sé que McCumball tiene dinero abundante. Me merece garantías.

Mark volvió a rebullirse en la cama.

Al día siguiente comunicaría con «Scruples». Y al anochecer, cuando los guardianes condujesen a los presos a sus celdas, Finch y él mismo se retrasarían.

Shoals iba a hacer la vista gorda. Entonces sólo sería necesario empujar la puerta metálica situada en el recodo.

—Una escalera nos conducirá a la planta-sótano. Y de allí a la cloaca general. Encontraremos unos trajes de agua, herméticos. Linternas y unos flotadores. Lo demás corre de nuestra cuenta.

—Va a ser peligroso de todas formas —murmuró Finch, mirando a todas partes—. A pesar de ello, lo haremos, Rilla.

—Sólo hay un impedimento. Tendremos que huir y YO no tengo ningún sitio adonde ir... de momento —aventuró Mark, como al descuido.

—Descuida. Seguiremos juntos. Tengo excelentes planes, amigo. Y un buen escondite que sólo mi hermano y yo conocemos.

«Un excelente escondite que sólo mi hermano y yo conocemos».

¿No era lo que había mencionado Alexander Page?

A Mark se le secó la garganta ante la posibilidad de encontrarse con Bob Finch, el presunto asesino de Rosy.

¿Iba a tener suficiente sangre fría como para disimular sus ansias de estrangularle?

—Separémonos —susurró—. Volvamos al trabajo. No es conveniente que nos vean mucho tiempo juntos. Podrían sospechar. Una cosa, Finch; no hables de esto con nadie.

—Seré una tumba —aseguró el presidiario con torcida sonrisa.

Mark se estremeció. Una tumba, había dicho Finch.

Eso era lo que buscaba Rilla, una tumba para cada uno de los que hubieran intervenido en el asesinato de Rosy, la pequeña y tierna Rosy Polk.

Por el ventanillo de la celda comenzó a penetrar la grisácea claridad del amanecer.

Sólo entonces Mark se sintió vencido por el sueño y el cansancio.

Pero unos instantes después, el penetrante sonido del timbre le despertó con brusquedad.

—¡Arriba, Rilla! —Hammond le zarandeaba sin suavidad—. Es la hora del recuento.

Mark abrió sus hinchados ojos y murmuró un reniego. Por un instante estuvo a punto de golpear el rostro picado de viruelas de su compañero de celda.

Pero los pasos de los guardianes resonaban ya sobre las metálicas pasarelas.

Rápidamente se puso los pantalones y se dejó resbalar hasta el suelo.

CAPÍTULO IV

Se detuvieron en el oscuro pasillo, procurando ahogar sus respiraciones estertorosas.

Afuera sonaba el silbato de Shoals, obligando a marcar el paso a los reclusos.

Gritos, órdenes, exclamaciones ahogadas...

—¿Nos habrá visto alguien? —preguntó en la oscuridad Finch.

—¡Calla...! —Gruñó Mark—. Oigo unas pisadas próximas.

El viejo «Mula Francis» Harper, como si lo viera. Era el más antiguo guardián de la prisión y tenía un carácter endiablado.

Sus pies planos calzados con zapatos de suela rígida producían al andar un sonoro

«tap-tap».

Mark tenía todos los músculos en tensión.

Habían penetrado por la puertecilla metálica del recodo y la habían cerrado a sus espaldas.

Pero estaba abierta. Bastaría que no hubiese quedado bien encajada para que el receloso «Mula Francis» lo advirtiera, empujara la puerta y...

Los pasos se alejaron.

Mark escuchó el suspiro entrecortado de Johnny Finch.

—Adelante —murmuró.

Avanzaron por el pasillo hasta encontrar a tientas la escalera. Olía a humedad, a aire viciado.

La escalera estaba resbaladiza, peligrosa.

Finch encendió su linterna. Una docena de ratas huyeron, asustadas, dando chillidos espeluznantes.

Finch se había detenido, impresionado.

—¿Qué esperas? Sigue. Las cloacas están al final de estas galerías.

Anduvieron aprisa, recelosos. Torcieron en ángulo recto y

descubrieron la losa de cemento que cerraba el registro.

Levantarla fue cosa fácil para dos hombres corpulentos. Mark dirigió hacia abajo el chorro luminoso de su linterna...

Era un cuadrado de un metro. Unos peldaños metálicos empotrados en el hormigón descendían unos cuatro metros.

De abajo llegaba el fuerte rumor de las aguas sucias que vertían a la arqueta principal.

—Repugnante —murmuró el duro Finch, estremeciéndose a su pesar—. Tener que nadar en medio de esa basura...

—No esperarás que te lo den todo en bandeja, Johnny —respondió enérgicamente Rilla—. ¿Qué esperas para descender?

—Ve tú delante. ¿Dónde están esos trajes de tela plástica?

—¿No ves el paquete colgado de uno de los peldaños?

Shoals ha cumplido con su acuerdo. Está bien bajaré yo. ¿Tienes miedo?

Finch le miró con dureza.

—No me gusta esto. Creo que nunca lograremos es capar.

—Yo escaparé, Johnny. Sólo los cobardes no alcanzan aquello que pretenden —aseguró, tajante.

Descendieron.

El hedor de la cloaca parecía irresistible. Sin embargo, por fuerza tendrían que acostumbrarse a respirar aquellas pestilencias.

Finch abrió el paquete a zarpazos y sonrió al encontrar los dos trajes herméticos.

A duras penas lograron ponérselos en el reducido espacio de la arqueta.

Los flotadores fueron inflados en unos minutos.

—¿Y ahora?

Mark miró las aguas sucias y comprobó que la corriente se dirigía a un desagüe de apenas ochenta centímetros de diámetro.

—Por ahí —dijo con determinación.

Enseguida notó el movimiento de retroceso instintivo en su compañero.

—Vamos, todo será más fácil de lo que crees, Johnny. Toma el flotador con una mano y la linterna entre los dientes. La corriente te llevará sin que tengas que esforzarte.

Tuvo que empujarlo a través del tubo. Inmediatamente después se dejó flotar sobre las aguas y la tumultuosa corriente los arrastró a

ambos a lo largo del estrecho conducto.

El hedor de las aguas era insoportable.

De cuando en cuando, un chorro caía de improviso sobre sus cabezas y las aguas manchaban su rostro, sus labios...

Finch exhaló un grito de dolor, de pronto.

—¿Qué...? ¿Qué diablos ocurre, Johnny? ¿Estás bien? — preguntó Rilla.

De repente, algo le detuvo.

La reja.

—Vamos, domínate, muchacho Mira el cerrojo de acero inoxidable. ¡Está abierto! —observó Mark. Miraron hacia arriba.

Otro estrecho embudo se elevaba a lo alto. Por allí, sin duda, había bajado el vigilante Shoals para abrir el cerrojo.

—¡Tira hacia ti! La reja está abierta —ordenó Mark.

Finch obedeció, barbotando blasfemias. Estaba claro que se había golpeado violentamente contra la reja.

Los goznes chirriaron quejumbrosamente. El agua estaba subiendo rápidamente de nivel, obstaculizado su curso por los cuerpos de los dos presidiarios.

En cuanto Finch pudo pasar, la corriente volvió a arrastrarles raudamente.

Luego de repente, mientras flotaban cada vez más veloces conducto adelante, Finch desapareció de su vista exhalando un gemido.

Inútilmente, intentó Rilla sostenerse con las manos sobre el tubo de fibrocemento.

Luego notó que perdía el contacto con las curvadas paredes. En realidad, caía hacia abajo, envuelto en el imponente chorro de aguas malolientes.

Su cuerpo se zambulló profundamente hasta que sus pies notaron el fondo lleno de barro pegajoso.

Sintiendo una sensación insufrible de asco, Mark taloneó vivamente y subió a la superficie.

Apartó la linterna de sus labios. Se ahogaba.

Los primeros instantes los empleó en respirar afanosamente hasta que su respiración se serenó.

La luz de la linterna iluminó el tétrico lugar.

Tres metros más allá, dos grandes chorros de agua seguían

cayendo, produciendo un estrépito infernal.

Se encontraba en la confluencia de seis cloacas. Pero ¿dónde estaba Finch? ¿Había muerto ahogado?

Nadó desesperadamente hasta tocar con sus manos el estrecho pasillo elevado.

Entonces vio a su compañero.

Finch acababa de flotar bajo uno de los chorros de agua sucia. Pero la fuerza de las aguas volvía a sumergirle una y otra vez.

Tuvo que nadar de nuevo hacia el centro, allá donde se formaban montañas de puerca espuma.

Se zambulló, sin abrir los ojos, sintiendo que las náuseas alborotaban su estómago.

De pronto sus manos tocaron la cabeza de Finch. Le agarró por los cabellos sin piedad, taloneó con fuerza y ambos se apartaron del torbellino.

Un momento después, Mark saltaba al pasillo y lograba elevar a su compañero.

En cuanto pudo respirar libremente, Finch se puso a vomitar la cena que había ingerido unas horas antes.

—¡Vamos, vamos, muchacho! Ya pasó el peor trago. Estamos fuera de los muros de la prisión —le animó Mark.

Pero él mismo no se sentía mucho mejor. Por si fuera poco, el traje de plástico se había desgarrado contra el hormigón y su traje de presidiario estaba empapado en aquellas nauseabundas aguas.

—Me... Me salvaste, Mark. Te debo la vida —murmuró Finch.

—¡Eso no tiene importancia! Ahora ponte en pie. Debemos estar ya fuera de los muros de la prisión, pero será mejor que sigamos adelante. Ahora podremos caminar sobre este pasillo. Vamos, adelante. Cuidado con no resbalar.

Manadas de ratas correteaban por la gran cloaca de tres metros de altura por la que avanzaban los dos presos.

Pero ¿qué diablos importaban las ratas si estaban a un paso de la libertad? Peor, mil veces peor, era aquella asquerosa corriente de agua, peligrosa y traidora.

Finch se estremecía en escalofríos, camino adelante.

Mark pensaba en él. Finch siempre había alardeado de duro y resistente, pero tras la prueba que acababan de superar no demostraba tal cosa.

Llevaban un cuarto de hora avanzando por el lóbrego conducto, cuando advirtieron que la cloaca se ampliaba.

—¡Ahí! —exclamó Finch—. Hay una salida.

—De acuerdo. Subiremos.

Finch iba delante. De cuando en cuando, sus pies resbalaban sobre los peldaños de hierro.

Llegaban arriba, cuando la tapa de hierro se abrió súbitamente.

Finch lanzó una maldición y comenzó a retroceder.

CAPÍTULO V

Hacia las doce de la mañana, los bomberos extrajeron dos cuerpos de la alcantarilla.

Dos bultos chorreantes, con apariencia humana, vestidos con uniformes de presidiarios.

Alrededor del coche de bomberos se apiñaban unas docenas de curiosos que prorrumpieron en exclamaciones de espanto.

—¡Pobrecillos! —Se chanceó uno de los bomberos—. Quisieron escapar y murieron como ratas. Ahogados.

Una ambulancia frenó en seco a pocos metros de allí.

Los cuerpos fueron rápidamente instalados en dos camillas y llevados a la ambulancia, que se alejó haciendo sonar su sirena.

Pronto, también, los bomberos recogieron su material y el camión-cisterna partió, seguido por las miradas anhelantes de los curiosos.

Alexander Page, que había permanecido en un segundo plano durante todo el tiempo, se encogió de hombros y abandonó el lugar.

Tiritaban de frío cuando abandonaron la vieja construcción en ruinas y salieron a la carretera.

—Yo lo solucionaré pronto —prometió Johnny Finch, con gesto feroz.

—¿Cómo? —preguntó Mark Rilla.

—Conozco esta carretera. Pasan muchos camiones a estas horas del amanecer. Escucha, me tenderé en mitad de la carretera. Tú te esconderás en la cuneta, detrás de esos matorrales. En cuanto veas que un vehículo se detiene mete tu mano derecha en el bolsillo de tu chaquetón impermeable y simula que tienes una pistola. El resto corre de mi cuenta.

—Está bien.

Oculto en los rescos matorrales, Mark vio cómo Finch se tendía

en mitad del asfalto y permanecía inmóvil, boca arriba, con los brazos abiertos en cruz.

Pasaron los minutos.

En la curva próxima brilló un fulgor de faros.

Inmediatamente apareció un gran camión de mudanzas.

El conductor tuvo que frenar a fondo para evitar aplastar a Finch, que ni siquiera se movió.

—¡Despierta, despierta, Jim! —el conductor zarandeaba a su ayudante, que dormía pesadamente en la litera—. ¡Hay un hombre tendido en la carretera! Han debido atropellarlo.

Mark aguardó, apretando los dientes.

Luego sonó el rumor de pasos sobre el macadam. Dos hombres se inclinaban sobre Finch.

Mark salió de un salto fuera de los matorrales.

—¡Quietos ahí! Esto es un atraco. No les ocurrirá nada si se portan prudentemente —gritó.

El conductor, alto y fornido como un castillo, plegó los labios en un gesto de rebeldía.

Pero algo de consistencia muy dura se clavó en sus riñones.

—Haga lo que quiera, amigo. Si su capricho es que le hagan un traje de pino... —La voz del atracador sonaba fría como el hielo.

Inmediatamente el chófer relajó sus músculos.

—Soy un estúpido —murmuró—. Debía haber supuesto...

—¡Cállese! —rugió Finch, poniéndose en pie de un brinco—. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Vamos a Devenport e Iowa City —se apresuró a informarles el ayudante, un hombrecillo pequeño y delgado, que temblaba ostensiblemente.

—Está bien. Vamos, suban.

Mark esperó a que el conductor estuviera en su sitio.

Luego él y Finch se acomodaron en la litera.

—Arranque y sea prudente, amigo —aconsejó Finch—, si le detuvieran los agentes de tránsito, procure no ponerse nervioso. Dispararíamos sobre sus espaldas, por si les interesa saberlo... nos hemos fugado del presidio de Botlow.

Mark pudo advertir que las palabras de Finch impresionaban profundamente a aquel hombre.

A partir de aquel instante, el conductor se mostró sumiso e

incluso amable.

—Llevamos ropa seca en una maleta, bajo la litera. Pueden utilizarla —dijo.

Se desnudaron y secaron con una toalla sucia.

Finch se vistió un mono de mecánico y un chaquetón de cuero, mientras Mark se probaba una cazadora y un viejo pantalón gris.

El viaje discurrió sin ningún contratiempo. Hacia las nueve de la mañana, Finch advirtió al conductor:

—Pare en el cruce. Bajaremos ahí.

El camión salió del firme y se detuvo en el arcén, Mark y su compañero bajaron de un salto.

—Sigán adelante sin detenerse. Será mejor que no digan a nadie que nos han visto. Podría sucederles algo desagradable, amigos —recomendó Finch al conductor y su ayudante.

Un minuto después, el camión se había perdido en la primera curva.

—¿Dónde está ese fabuloso albergue, Johnny? —preguntó Rilla, ya impaciente.

—Calma, calma. Se encuentra a unos kilómetros de aquí, carretera adelante. Como comprenderás, no quise que esos tipos pudieran orientar a la policía. Ahora saldremos del camino. Sígueme.

Ascendieron por la linde de un boscoso pinar y finalmente desaparecieron en la arboleda.

Caminaban a buen paso, deseosos de conservar el calor adquirido en la cabina del camión.

Las colinas estaban envueltas en la niebla matinal y el sol apenas tenía fuerzas para atravesar aquella especie de maraña algodonosa.

Algunas granjas y caseríos iban quedando atrás.

De pronto, al rebasar el bosque, llegó hasta ellos el ladrido ronco de un mastín.

Un gran perrazo gris corrió hacia ellos desde una rústica granja semioculta entre los árboles.

—Tranquilízate, Mark. Es «Satán», el perro de Bob —dijo Johnny.

—¡Bob! —exclamó Rilla sin poder contenerse. Y cambió rápidamente de expresión—. ¿Vive en este desolado lugar tu hermano?

—Claro. Es un excelente refugio. Siempre lo utiliza cuando comete alguna de sus tonterías.

Tonterías. Tonterías tales como apuñalar a una chiquilla.

El perro llegó jadeando y rozó su cabezota contra los muslos de Finch.

—¿Ves? Es manso como un corderillo. Sin embargo bastaría que lo azuzase contra ti, Mark, para ponerte en un aprieto —bromeó Finch.

—No perdamos el tiempo. Tengo hambre, sueño, cansancio —respondió Mark.

Caminaron rápidamente hacia la casa, una construcción de ladrillo y madera, rodeada de establos y gallineros.

Ascendían al poco cuidado porche, cuando un penetrante grito femenino llegó hasta ellos.

Finch empujó la puerta y se adentró en la casa, seguido de Rilla.

—¡Suéltame, suéltame, maldita bruja! —gritaba alguien—. Sí, te lo he dicho y te lo repetiré... ¡Me has engañado miserablemente! Porque yo odio todo lo que a ti te causa placer, Janet... ¡Esa vida degenerada y artificiosa, siempre pasando de unos brazos a otros, engañando a los hombres, vendiendo tus caricias a tanto el dólar! Créelo, Janet, me das asco.

—¿Ah, sí? —contestó otra voz, desagradable, encolerizada. Y sonó el rumor de un tremendo bofetón, seguido del ruido de un mueble volcado—. ¡Ya te daré yo a ti lo que mereces, condenada remilgada! ¿Qué te creías, estúpida? ¿Qué ibas a vestir de seda por tu linda cara?

Finch y Rilla penetraron a la carrera en una gran cocina de campo.

Una mujer de unos cuarenta años, todavía atractiva, que vestía una sorprendente combinación color naranja, cabalgaba sobre una jovencita de apenas dieciocho años.

—Es Janet, la amiguita de Bob —dijo Johnny.

Mark ni siquiera le hizo caso.

Veía que las manos de Janet estaban haciendo presa en el cuello de la chica, que estaban intentando estrangularla.

No pudo aguantar.

De un tirón puso en pie a la gordita Janet y ayudó a la muchacha a levantarse.

Se sorprendió de la belleza de aquel rostro fino, marfileño y juvenil.

«Se parece a Rosy», se dijo, sin poder contener la emoción.

Janet le observaba de pies a cabeza, convertida en una furia.

—¡Eh, eh! ¿Quién se ha creído que es, amigo? A Janet no se la trata como a una cualquiera, mocito.

Finch llegó junto a ellos.

—Cállate, Janet. Éste es Mark Rilla, un amigo —dijo—. ¡Johnny! —exclamó la mujerzuela—. ¿Cómo es posible que te encuentres aquí después de...?

Su rostro, redondo, grasoso, se iluminó con una sonrisa que aún hizo más repelente su aspecto.

—Ajá, empiezo a adivinar. Te has fugado... junto con este mocito, ¿eh?

—Sí —respondió Finch con brusquedad—. ¿Dónde está Bob?

—Salió. Se fue esta mañana a cazar a Tawasco Wood. Podéis sentaros. Os prepararé un poco de tocino y huevos, ¿eh?

Mark se dejó caer sobre una vieja silla. Pero inmediatamente se levantó de un brinco.

—Espera, Janet. No será necesario que hagas tanta comida. Porque Mark Rilla no va a comerla...

¡Vuélvete Rilla! Vas a ver la muerte cara a cara.

Mark giró sobre sus talones. En la puerta de la cocina estaba un hombre corpulento, de rostro redondo y blando.

Tenía una escopeta recortada en la mano. Y en sus ojos pequeños, hundidos, brillaba el fuego de la decisión.

CAPÍTULO VI

Johnny avanzó unos pasos hacia el recién llegado.

—Baja ese arma, Bob. ¿Acaso te has vuelto loco? Rilla es un amigo. Gracias a él he logrado escapar de la prisión. Explícate, ¿por qué pretendes disparar sobre él? —exigió.

—Cállate, hermano. Tú no sabes nada. Probablemente si Rilla te ayudó a fugarte fue para que le trajeses aquí —barbotó Bob.

—Lo considero lógico. Él también necesita esconderse durante algún tiempo. Pero no te preocupes; dentro de poco estaremos funcionando los tres. Tengo algunos planes para nosotros...

—En esos planes no estará incluido Rilla. Porque voy a matarlo. —Bob había avanzado unos pasos y se aproximaba al inmóvil Mark Rilla.

Al rebasar a Johnny, Bob ni siquiera sospechó lo que iba a hacer su hermano.

Velozmente, Johnny le golpeó en el codo, la escopeta saltó y Finch la agarró diestramente en el aire.

—Tranquilízate, Bob. Te he quitado la recortada para evitar que hirieras a mí amigo sin proponértelo. ¿No te alegras de verme? Sentémonos y hablemos. Tú, Janet, prepara la comida y un par de camas —dijo Johnny Finch.

Bob intentó arrebatarle la escopeta, pero Johnny abrió el arma y arrancó los dos cartuchos rápidamente.

—Calma, pequeño. ¿Por qué ese odio contra Mark? ¿Acaso le conoces? —quiso bromear Johnny.

El odio crispaba las facciones de Bob.

—Jamás le vi. Pero sé que se ha escapado de la cárcel para vengarse —murmuró—. Y antes de que el me mate a mí, yo lo enviaré al infierno.

—¿Vengarme? —Era la primera vez que Mark hablaba desde que Bob penetrase en la cocina—. ¿Por qué diablos tendría que

vengarme... y de qué?

Lanzó una gran carcajada que rápidamente se contagió a Johnny e incluso a Janet, que tuvo que apretarse el estómago para no estallar.

La jovencita a la que Mark había ayudado permanecía en un rincón, junto a la chimenea, mirando a unos y otros con gesto de estupor.

—¿Vas a hacerte de nuevas, necio? —gritó Bob, mirando a Rilla—. Míster McCumball me habló de ti.

—¿McCumball, Archie McCumball? —preguntó Mark, dominando las ansias de saltar sobre Bob y estrangularlo.

—Sí. Rosy era tu novia, ¿no es cierto?

—¿Rosy? Bueno, un entretenimiento más. Ni siquiera he sabido si vivía aún en Botlow o se había largado con algún ricacho —respondió Mark, sintiendo un sabor amargo en la boca.

Sucedió un silencio. Bob seguía observándole, entre incrédulo y confuso.

—Entonces... ¿no sabes que Rosy fue asesinada? —preguntó, al cabo.

Aunque sentía todo su cuerpo bañado en frío sudor, Rilla volvió a reír estrepitosamente.

—Se lo vaticiné, sí... ¡Se lo vaticiné! Le gustaban demasiado los vestidos caros y las joyas. Se la cargaron, Lástima de chica... En fin, hace tiempo que me olvidé de ella.

El rostro fofo de Bob se relajó.

—Por cierto, Bob, ¿por qué querías disparar contra mí?

Ajá. —Rilla jugueteaba con un botón del jersey del hermano de Johnny—... ¿Fuiste tú? ¿Qué fue lo que pasó? Te gustaba la chica, supongo, ¿eh?

Bob no rió. Pero parecía más tranquilo ahora.

—No —dijo—. Jamás la había visto. Pero alguien me pagó un buen pico y la despaché.

Rilla lanzó otra carcajada.

—¿Y por eso querías disparar contra mí? Ja, ja, ja... No soy un tonto sentimental, muchacho. Sólo me interesa permanecer a salvo durante unas semanas. Después, Johnny y yo buscaremos la forma de hacer dinero.

Si quieres engrosar el grupo, bien. Si no, tan contentos,

camarada.

—¿Te das cuenta la clase de hombre que es Rilla? —Medió Johnny, sonriente—. Créele, Bob. Es un hombre de una vez. Y le debo la vida.

Bob se mordió los gruesos labios.

—De acuerdo, Mark. Bienvenido. Entrás a formar parte de la familia —dijo, señalando un círculo que marcaba a Janet, Johnny, la chica y el propio Rilla. Y rió groseramente.

Media hora después estaban comiendo. Terminado el almuerzo, Johnny propuso que fueran a dormir un rato.

—Quiero lavarme antes —adujo Mark—. ¿Dónde puedo hacerlo?

—Afuera hay un pilón —dijo Janet—. Acompáñale, mocosa. Dale una toalla y el jabón.

La chica le precedió hasta el corral.

Mirándola, Mark se dijo que la muchacha hubiera tenido un excelente aspecto de vestir con ropas adecuadas y con un peinado más juvenil.

Tenía las pantorrillas bien formadas y sus caderas se balanceaban armoniosamente con gracia innata.

Ella movió la bomba y llenó el pilón de agua fría limpia. Y puso en sus manos el jabón y esperó con la toalla dispuesta.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó Mark, curioso.

—¿Qué le importa? No soy de su clase, señor. No tengo nada que ver con los Finch ni con esa desvergonzada Janet.

Lo había dicho engallando la cabeza, orgullosamente.

—He preguntado tu nombre, ¿comprendes?

—Soy Cheryl. Cheryl Shaney. No tengo padres. No trabajo en ningún sitio. Eso es todo.

—Se te olvidó decir: «estoy muy mal educada» —observó Rilla, mientras se enjabonaba abundantemente el pecho y los brazos.

—No creo que usted sea mejor que yo, señor Rilla Bob asesinó a su novia y usted va a compararse con él. Créame, yo jamás tendría estómago para hacer algo semejante —dijo Cheryl con los labios apretados.

Mark sintió ganas de abofetearla. Pero no le convenía dejar traslucir sus pensamientos. Ni siquiera ante aquella atractiva jovencita.

—Tienes la lengua muy larga, Cheryl. ¿Qué haces entonces, en

esta casa? —preguntó.

—¿Qué hago? Esa mujer, Janet, me ofreció cien dólares mensuales por arreglar la casa. Pero lo que en realidad pretendía era pervertirme. Lo ha intentado. Incluso arrojarme a los brazos de Bob, pero no lo ha conseguido. Es una mala mujer, una zorra desvergonzada.

No resistiré mucho tiempo aquí, señor Rilla, no podría aguantarlo.

—¿Por qué me lo cuentas?

—No sé. Vi una cierta expresión en sus ojos hace un momento que...

—Sigue...

—¡Oh, no! Creo que me equivoqué. ¿Va a secarse?

Mark tomó la toalla y se secó.

Pudo advertir que la muchacha le miraba embelesada, con admiración mal disimulada.

—Es muy fuerte, señor Rilla.

—No está mal. Pero no me llames señor. Dime Mark. Es suficiente. Y otra cosa. Aunque soy un fugado de presidio, aunque no sea de tu clase, no voy a permitir que esa gorda Janet te golpee. Si lo intenta, sólo tienes que llamarme. Le daré un buen baño en la alberca, ¿de acuerdo? —Mark guiñaba un ojo con aire picaresco.

De pronto, Cheryl se echó a reír. Su risa era igual que el trino de los pájaros, igual que el rumor del agua en los arroyos.

—Vaya, sabes reír, pequeña. Eso me gusta. Ahora voy a dormir. Tengo los huesos molidos. Hasta luego, Cheryl.

—Adiós... Mark.

Se despertó, sudoroso, sobresaltado.

—¿Qué? ¿Quién...? ¿Qué ocurre...?

Johnny estaba zarandeándole sin suavidad.

—¡Aprisa, aprisa, Mark! Levántate. Bob ha visto un coche policíaco en la granja de Grokan, la propiedad de la colina. Hay perros ladrando. ¡Nos buscan!

Mark se levantó de un salto y comenzó a vestirse inmediatamente.

—¿Qué has pensado hacer? —preguntó, todavía nublado por los vapores del pesado sueño.

—¿Qué podemos hacer, sino huir? —preguntó Finch aterrado.

—Huir sería tanto como morir. ¿Crees que podríamos escapar de los sabuesos corriendo a través de los campos? Dime una cosa, Johnny; ¿no hay ningún escondite?

—Sí, una especie de sótano. Pero esos policías tienen perros...

—¡Vamos! Nos ocultaremos allí. Dile a Janet y a la chica que espolvoreen pimienta por toda la casa. Los sabuesos perderán el olfato.

—¿Estás seguro?

—¡Haz lo que te digo, Johnny! ¿O prefieres que esos «polis» nos pesquen o nos ametrallen si intentamos escapar?

—¡Al diablo! No volveré a la prisión, amigo.

Andando.

Corrieron a lo largo del pasillo en dirección al viejo granero.

Bob estaba en la cocina.

Tenía en sus manos la recortada. Temblaba de miedo.

—¡Adentro! —Gruñó Johnny—. Tú, Janet, escucha esto. Toma un tarro de pimienta y viértela en abundancia por toda la casa. Mantened la boca cerrada.

No habéis oído jamás hablar de Bob y Johnny Finch, ¿de acuerdo?

También la gordita Janet estaba aterrada, era fácil deducirlo. Pero sin murmurar una palabra buscó en un armario y comenzó a hacer lo que Johnny le había ordenado.

—Vigila a la pequeña —ordenó Bob—. Yo no me fiaría demasiado de esa estúpida.

Johnny alzó la tapa del sótano y los tres hombres descendieron por la escalera de pino.

En cuanto hubieron dejado caer la tapa, Janet rompió un saco de maíz y desparramó el grano sobre el suelo.

Abajo, en la oscuridad del silo, Mark Rilla escuchó el ronco ladrido de «Satán», el mastín de los Finch.

Luego unas voces rudas gritaron algo en el exterior.

Bob apretaba la escopeta recortada con ferocidad. Aquel contacto no podía sin embargo, impedir el seco castañeteo de sus dientes.

—Tengo más de treinta cartuchos en los bolsillos de mi chaquetón —murmuró al oído de su hermano—. Si abren esa tapa...

CAPÍTULO VII

Delante iban dos hombres sujetando la trailla de cuatro sabuesos.

Los perros, corpulentos, nerviosos, tiraban continuamente hacia delante.

El coche policíaco venía detrás, rodando sobre el sendero cercano al bosque.

Al llegar junto a la granja, los perros parecieron desorientarse.

—¡Vamos, vamos, buscad! —dijo uno de los hombres, tirando de los animales hacia el porche.

El coche frenó bruscamente en la pequeña explanada, frente a la casa.

Cuatro hombres bajaron del automóvil. Llevaban metralletas en las manos y sus rostros estaban crispados en un gesto de decisión.

—¡Vamos, sargento! —Gruñó el que caminaba en cabeza—. ¿Qué ocurre con los perros?

—No puedo comprenderlo. De pronto... han perdido el olfato. No hacen nada por seguir la pista que parecían haber descubierto, teniente.

Los cuatro hombres eran corpulentos y vestían chaquetones y gabardinas de confección.

Llegaron a la puerta y uno de ellos golpeó con el puño las viejas y agrietadas maderas.

Janet, que estaba aguardando en la cocina, dejó que siguieran aporreando la puerta unos instantes más.

—¡Abran, abran a la policía o echaremos la puerta abajo! —gritaron.

Con toda sangre fría, Janet salió al pasillo y descorrió el cerrojo.

Su mirada escrutó brevemente los rostros brutales de los recién llegados.

Luego sonrió empalagosamente. Sabía hacerlo muy bien.

—Buenas tardes, señores. Soy la señora Gillit. ¿Puedo ayudarles en algo? —dijo.

Por toda respuesta, uno de aquellos individuos la apartó brutalmente y penetró en la casa.

—Pero... Pero ¡oigan! ¿Cómo se atreven a... a...? —murmuró, simulando sorpresa.

—¡Cállese! —le ordenó otro de los recién llegados—. Somos agentes de policía. Buscamos a dos fugados de presidio. ¿Qué sabe de ellos, señora Gillit?

Janet parpadeó, estupefacta.

—¿Dos... Dos hombres fugados de presidio? ¡Dios santo, pensar que pudieran ser ellos...!

Inmediatamente se sintió taladrada por las miradas de los hombres que habían quedado en el porche.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Dos vagabundos. Llegaron aquí esta mañana. ¡Divina Providencia, olían tan mal que estuve a punto de devolver el desayuno que acababa de tomar! —Janet no tenía que fingir temor, porque realmente lo sentía.

—Explíquese. ¿Dónde están esos hombres? —las preguntas brotaban de los labios de los desconocidos como trallazos.

—Me pidieron alguna ropa seca y comida. Se lo di. Le di todo lo que me pidieron. Había algo en sus rostros que me asustó. Además, está Cheryl, mi hija. La miraron... Bueno, ustedes ya saben. Cheryl tiene dieciocho años y es una guapa chica. Aquí está. ¿No es cierto, hija, que esos hombres te asustaron? Me refiero a los dos vagabundos que llegaron por la mañana.

Cheryl, que acababa de llegar, asintió con la cabeza, confusa.

—¿Se fueron? —preguntó el policía—. Será mejor para usted que diga la verdad, buena mujer.

—¡Oh, oh, Dios mío! ¿Cómo se atreve a dar a entender que miento? Afortunadamente, esos dos individuos parecían tener mucha prisa. Se vistieron, comieron y se despidieron rápidamente. Todavía está el montón de sus ropas ahí, junto a la pila donde hago la colada —afirmó, señalando los puercos uniformes de presidiarios que ella misma había llevado allí una hora antes.

Los policías observaron las ropas con atención. Junto a ellos, Cheryl miraba con curiosidad el automóvil policíaco.

Al fin, los dos hombres que habían penetrado en la casa, salieron al porche.

—Nada —gruñó uno de ellos.

Hablaron algo en voz baja. Los hombres que habían registrado la granja se volvían a mirar de cuando en cuando a Janet.

De pronto, uno de los policías se separó de sus compañeros e interpretó a Janet.

—Escuche, señora Gillit. No va a lograr engañarnos. La historia que ha contado al sargento parece convincente. Pero nosotros sabemos algo más. ¿Dónde está Bob Finch?

Janet palideció.

¿Cómo podían saber que él vivía allí? Bob había puesto la granja a nombre de Janet Gillit.

Cheryl lanzó de repente una corta y sarcástica carcajada.

—Sin duda este hombre se refiere a ese pelmazo que te pidió que te casaras con él, mamá. ¿No lo recuerdas? Un tipo gordo, de rostro de luna llena...

Janet aceptó, encantada, el cable que Cheryl le lanzaba.

—Ahora que lo dices, sí, le recuerdo. Vino a visitarnos en varias ocasiones. Nunca supe si vivía cerca de aquí, aunque es de suponer. Sí, tal vez se llamase Bob Finch, aunque tengo una memoria tan desastrosa para los nombres... Quiso propasarse una noche. Le di dos sonoras bofetadas y le hice ver que no me agradaba su presencia en mi casa. Se marchó. No ha vuelto.

El policía la miró fijamente a los ojos.

—Está bien. Vámonos. Creo que estamos perdiendo el tiempo. ¡Sargento, quiero que esos perros encuentren el rastro! Sin duda corrieron aquí atraídos por esas ropas de presidiario.

Desaparecieron un momento después, sin murmurar una frase de despedida.

Janet y Cheryl estuvieron todavía un rato en el porche, viendo como el automóvil avanzaba, bamboleándose, a lo largo del difícil camino de tierra.

Estaba oscureciendo.

Janet puso de pronto una mano sobre el hombro de la muchacha.

—En fin, pequeña, por una vez has sabido comportarte —alabó. Pero Cheryl se libró violentamente de aquella mano.

—No te hagas ilusiones. No lo hice por ti, Janet —dijo.

—¿Por quién entonces, mocosa?

—Por mí misma. Si esos hombres hubieran encontrado a Rilla y los Finch... estoy segura de que nos hubieran ametrallado a todos —afirmó.

—Desvarías, pequeña. Son policías, no asesinos.

Se interrumpió.

En el pasillo estaba Johnny haciéndoles señas con la mano.

—Se han ido. Pero será mejor que no salgáis. Os buscan. Estoy segura de que no se irán de estos alrededores fácilmente. Pero parecían convencidos por las explicaciones que les di.

Entraron en la casa.

Mark Rilla y Bob Finch salieron del silo un momento después.

—¿Crees que volverán, Mark? —preguntó Johnny, mientras sacaba una botella de ginebra del viejo armario de nogal.

—No lo sé. Pero debemos estar prevenidos, por si acaso. Dame un trago —exigió ferozmente—. Lo necesito.

Bebieron en silencio, pasándose la botella de unos a otros. Pero Cheryl ni siquiera se mojó los labios.

Un momento después, cuando Rilla ponía los pies junto a la lumbre de la chimenea, Cheryl se acercó a él.

—Mintieron... —dijo en un susurro que sólo Mark podía oír.

—¿Mintieron? ¿Quiénes? —Mark había respondido en el mismo tono.

—Esos desconocidos. Aseguraron ser policías.

—¿No lo eran?

—Juzgue por sí mismo. El automóvil estaba pintado como los del Departamento de Policía, pero... la pintura estaba fresca. ¿Ve mis dedos? Todavía están manchados, pegajosos.

Tocándolos, Mark tuvo que reconocer que la chica decía la verdad.

—Además... —Siguió ella—. Eran demasiado bruscos, groseros, brutales... Pude observar como uno de ellos me miraba con ansia. Sé lo que eso significa, ¿comprende?

Mark asintió, pensativo.

—Ninguno de ellos mostró su credencial. ¿No es eso lo corriente? Por tanto, no eran policías. Me pregunto quiénes eran en realidad, Mark.

También Rilla estaba haciéndose la misma pregunta.

Si no era la policía, sólo una persona podía tener interés en asesinarle.

Archie McCumball, su antiguo socio.

Mark sabía ahora que Bob Finch había asesinado a Rosy por encargo. Pero no había confesado quién le había pagado por aquel crimen.

Aunque ardía en deseos de preguntar a Bob, no podía hacer otra cosa que esperar. Tal vez el propio Bob se sintiera algún día inclinado a hablar de aquel asunto.

Entretanto, y aunque se resistiese a la idea, sólo cabía hacer una cosa: Esperar.

Aguardar a que Archie McCumball volviera a confiarse.

Una nueva pregunta surgió en su mente. Si los hombres que se habían hecho pasar por policías eran realmente enviados de Archie, ¿cómo había llegado a averiguar éste, tantos datos concretos?

Alexander Page lo había dicho: «Para que no os persigan por todas partes, sólo podemos hacer una cosa; simular que habéis perecido en las cloacas».

Un par de muñecos de trapo vestidos con uniformes de presidio serían suficientes.

Un coche de bomberos que se detiene en una calle haciendo sonar su sirena, unos operarios que extraen dos cuerpos de una cloaca, la multitud, curiosa, reunida alrededor del lugar...

Mark estaba seguro de que el sargento de la brigada de homicidios había llevado a cabo su plan. Y lo habría hecho bien, como Page hacía siempre las cosas. Concienzudamente.

¿Cómo se había enterado Archie de que aquello solo había sido una farsa?

CAPÍTULO VIII

La señorita Darrow se contoneó provocativamente hacia la mesa de Archie.

—Están llamando de la «General Motors», señor McCumball. Se trata de míster Garrison. ¿Quiere hablar con él?

Archie apartó sus ojos de los documentos que tenía sobre la mesa y miró a la guapa secretaria.

En cinco años, Archie había cambiado notablemente, aunque continuaba siendo un hombre atractivo, guapo.

Su rostro estaba ahora más lleno. Como también su estómago y su cintura habían aumentado de volumen.

Sus músculos estaban más blandos y su silueta no era la misma de cinco años atrás.

Claro que Archie se había entregado brutalmente a todos los placeres que para él habían estado vedados antes de que...

—Señor McCumball —insistió *miss* Darrow—. El señor Garrison está aguardando.

Miró a la joven. Era muy atractiva. Rellenita, con bellas piernas que él podía permitirse mirar de cuando en cuando.

—¿De qué se trata? —preguntó, sonriendo levemente.

—Los treinta autocares que encargó a la General están en camino, señor. La General ha realizado el cargo contra el Banco Nacional de Botlow. ¿Quiere decir algo a míster Garrison?

Esperó hasta que ella giró graciosamente sobre los tacones de sus zapatos y caminó ondulándose hacia su mesa.

«Guapa chica», pensó Archie. Y se prometió que en cuanto hubiera solventado los engorrosos asuntos que le preocupaban iba a dedicarse por entero a probar la solidez de aquellas curvas femeninas.

No podía quejarse. Los negocios funcionaban cada día mejor. En realidad, se desarrollaban por sí solos.

Archie McCumball había obtenido una concesión para explotar una línea de transportes de pasajeros por carretera.

Los treinta autocares de la General sólo eran los vehículos destinados a proveer la línea en su fase de experimentación.

Archie tenía influencias. Archie podía «pisar» muchos negocios a la competencia gracias a su habilidad para sobornar a funcionarios del Estado.

Pero había una preocupación latente en su cerebro.

Y la preocupación tenía un nombre: Mark Rilla.

Tabaleó con el bolígrafo de oro sobre su mesa de auténtico nogal macizo.

No quería confesárselo a sí mismo, pero el asunto Rosemarie Polk había constituido un paso en falso.

¿Qué tenía, en verdad, Rosy que no tuvieran mujeres como Pamela Darrow, su más reciente secretaria?

Nada y todo.

Rosy era guapa, perfecta, esbelta, adorable...

Pero muchachas como Rosy podía conseguir las.

Archie McCumball con toda facilidad. Sólo había que escribir una cifra en un cheque bancario.

¿Qué era, entonces, lo que le había empujado a cortejarla, a poseerla?

—Su alma —murmuró en voz baja—. Su alma, limpia como el cristal. Su fidelidad hacia Mark, al que amaba con todas sus fuerzas, al que seguía amando, a pesar de que él estaba pudriéndose en prisión.

—¿Decía, señor McCumball? —preguntó *miss* Barrow, enarcando graciosamente una ceja.

—Pensaba en voz alta —aclaró Archie. Y sonrió.

Pero no sonreía interiormente. Era peligrosa aquella manía suya, la de hablar en voz alta.

Se sorprendía, últimamente, muchas veces exponiendo sus pensamientos más íntimos en voz baja. Y Archie sabía que un defecto así era excesivamente peligroso.

Debía controlarse. Y para ello lo mejor era no pensar en Rosy. Ni en Mark.

Pero... ¿cómo evitarlo?

Sus ideas volvían una y otra vez, obsesivamente, a aquellos

recuerdos.

Porque era cierto; Archie odiaba a Mark por causa de Rosy. Le odiaba porque tenía algo que él no llegaría a conseguir jamás; un amor como el que Rosy sentía hacia Rilla.

Pero Rosy se rió de él cuando Archie le propuso el matrimonio. En realidad, ni siquiera le tomó en serio.

—¿Bromeas, Archie? Tú solo te quieres a ti mismo. Por lo demás, sabes que sólo podré amar a un hombre. Tú sabes quién es...

—¡Mark, Mark, siempre Mark! —estalló Archie.

No volvió a abordarla hasta algunas semanas más tarde.

Archie había dado un empleo a la muchacha en la división de contabilidad de su empresa.

No le regalaba nada, porque Rosy demostró ser una empleada eficaz, que se ganaba su sueldo cumplidamente.

Una tarde, Archie bajó a la división. Simuló consultar algunos datos con el contable y advirtió que la mesa de Rosy estaba vacía.

—No veo a *miss* Rosemarie Polk —comentó sin darle importancia—. ¿Está enferma quizá?

—Oh, no. La envié al archivo. Está ordenando algunos legajos de cuentas antiguas —le contestó el contable.

Un minuto después, Archie empujaba la puerta del archivo.

Rosy estaba subida en una escalera, ordenando las gruesas carpetas de legajos.

Los ojos de Archie quedaron hipnóticamente fijos en los bellos muslos de la muchacha.

Cerró la puerta, despacio.

A pesar de sus precauciones, Rosy se giró bruscamente y perdió el equilibrio.

Archie la recogió en sus brazos. Y al tener junto a sí aquel cuerpo femenino, fragante y tibio, sintió que el deseo despertaba brutalmente con él.

La dejó en el suelo.

La abrazó, buscó con ansia sus labios.

—¡Archie! —gritó ella, repeliéndole con energía—. ¿Es que te has vuelto loco?

—¿Por qué, pequeña? ¿Por qué me atraes como el imán? No tengo la culpa, Rosy. Eres mil veces hermosa y deseable. Yo soy un

hombre. Según dicen las mujeres... un hombre nada desdeñable. ¿Por qué no...?

Su mano derecha había hecho presa en la blusa y comenzaba a abrir, experta, los botones.

Rosy se revolvió como una fiera.

Jadeaba y sus ojos brillaban de furia.

De repente, ella pudo soltar una mano. Los dos bofetones restallaron sonoramente. Archie respingó hacia atrás.

—No vuelvas a intentarlo, Archie. No soy para ti... Por otra parte, has ofendido gravemente a Mark. Él se sacrificó por ti. Mark se quedó con la peor parte. Para ti fue el poder, el dinero. Para él la prisión y el olvido. ¿Cómo puedes pagarle ofendiéndome, Archie?

A McCumball le zumbaban las sienes.

Poco a poco, la pasión, el deseo fueron remplazados por una cólera fría.

—Me has humillado, pequeña. Algún día me las pagarás. Por el momento... —comenzó a barbotar.

Pero ella le interrumpió:

—No es necesario que lo digas. Dejaré este empleo, buscaré otro. Siempre me sentiré más dichosa donde no pueda tropezar contigo.

—¡Está bien, márchate! Te morirás de hambre.

Salió del archivo, cerrando la puerta de un tremendo golpe que hizo temblar las paredes.

Rosy había cumplido su palabra. Aquel mismo día pidió su cuenta y desapareció.

Archie debió olvidarse de ella entonces.

Pero su ansia de vengarse le obligó a rechazar todo pensamiento prudente.

Deliberadamente persiguió a la joven con saña. En todas las oficinas que visitaba Rosy en demanda de empleo encontraba la misma respuesta:

—Lo siento, señorita Polk. No hay ningún puesto libre.

—Vuelva dentro de tres meses. Quizá entonces...

Archie le boicoteaba rastreramente todo intento de encontrar trabajo. Bastaba una llamada telefónica al negocio que Rosy podía visitar.

—¿Raymond? Soy Archie McCumball. Le llamo acerca de una tal Rosemarie Polk. Tal vez vaya a verle para pedirle un empleo. No se

le ocurra dárselo. Es una ladrona, además de una redomada meretriz. Le robará, creará problemas con su personal masculino...

—Gracias por el aviso, McCumball. Tomaré nota.

Sin embargo, de improviso Rosy fue aceptada por el dueño de una imprenta.

Aquel día, Archie tomó el teléfono y comenzó a hablar airadamente.

—¿Richard Mannery? Le llamo a propósito de Rosemarie Polk. Creo que ha cometido la torpeza de emplear a esa mujerzuela. Escuche, es una ladrona. Es...

—Váyase al diablo, McCumball. Ella me ha contado que la persigue. Por mi parte, vuelvo a repetírselo; váyase al diablo. Conozco a Rosy desde que era niña y me consta que a ella le sobra decencia. Sin embargo, usted parece falto de una pizca de vergüenza.

—¡Cállese, Mannery! ¿Cómo se atreve a insultarme? ¿Ignora que puedo arruinarle con sólo proponérmelo? Hará bien en despedir a Rosy.

—No lo haré.

—Entonces, prepárese. De momento, retiraré el pedido que mi contable había hecho a su imprenta. Creo que eran más de un millón de impresos diversos y cinco mil talonarios de billetes de autobús, ¿eh? Eso representaría una buena ganancia para usted, ¿no es cierto?

—Puedo pasarme muy bien sin su pedido. Por fortuna, existen personas decentes que confían en mí y seguirán confiando. Buenas tardes.

Archie estaba lanzando una sarta de impropiedades cuando Mannery cortó, dejándole con la palabra en la boca.

Tuvo que comerse su rabia.

Fue entonces —precisamente entonces— cuando comenzó a germinar el pensamiento en su torcido cerebro.

—Voy a matarla, voy a borrarla para siempre de esta ciudad. Esa pequeña presuntuosa no podrá burlarse de mí —decidió.

Pero ¿cómo hacerlo para estar a cubierto?

Bob Finch, he aquí a la persona idónea.

CAPÍTULO IX

Fue a verle aquella misma noche.

Conduciendo su lujoso coche deportivo que levantaba oleadas de admiración donde quiera que iba, Archie llegó frente al Silver Dólar.

¿Cuánto tiempo hacía que no pisaba aquel antro? Al menos desde la época en que él y Mark andaban reventando tiendas y despachos de estaciones de servicio.

Allí había conocido a Finch.

Sabía que Bob era capaz de cualquier cosa a cambio de dinero. Porque Bob Finch era drogadicto y alcohólico.

Como todos los que han perdido la vergüenza y la voluntad, Finch no vivía más que para satisfacer sus más animalescas apetencias.

Bajó de su coche y atravesó la calzada.

El Silver Dólar apenas había cambiado durante aquellos años. La misma atmósfera hedionda, cargada de humo y de olor a sudores agrios; idéntica barra de zinc mate; los mismos clientes...

Bob estaba sentado a una mesa, con el rostro abotargado y la botella de ginebra casi vacía.

—¿Bob?

Finch alzó los enrojecidos ojillos y vio a Archie. Detalló en una mirada turbia el elegante gabán, los gemelos de platino, el reloj de oro, los anillos de brillantes...

—Caray, creí que soñaba. ¿Eres tú de verdad, Archie?

—Ya lo ves que sí. ¿Podemos hablar? —dijo McCumball.

Y alzó la mano para llamar al camarero.

—¡In-cre-í-ble! —se mofó Bob—. Nada menos que el importante míster Archie McCumball en este viejo antro... ¿Vas a decirme que has llegado hasta aquí para entrevistarte con alguien tan insignificante como yo?

Archie ordenó una botella de ginebra holandesa al camarero y tomó asiento sobre una silla grasienta, teniendo buen cuidado de no apoyar sus codos sobre el mármol del velador.

—No hay hombre insignificante, Bob. Tengo que encargar cierto trabajo. Y me acordé de ti. ¿Por qué dar a ganar a cualquier desconocido cinco de los grandes? —dijo McCumball aduladoramente.

El camarero depositó sobre el mármol la botella y dos vasos.

—Bebe, Bob. Creo que estabas necesítándolo. Entretanto, puedes ir haciéndote a la idea de embolsarte esos cinco grandes.

—¿Quieres decir... cinco mil dólares? —preguntó Bob, bizqueando levemente.

—Eso he dicho.

Finch apuró su vaso de un trago.

—Entonces... eso quiere decir eliminar a alguien que te estorba —apuntó.

—Se trata de una cuestión personal. Quiero que liquides a una mujer.

Finch movió pesadamente la cabezota de un lado a otro.

—No me gusta... —rezongó—. Una mujer... ¡Yo jamás di el «pasaporte» a una fulana! Es peligroso, Archie.

—Está bien, si vas a empezar a hacer remilgos, buscaré por otro lado y todos tan amigos. Que te aproveche la ginebra, Bob —dijo McCumball comenzando a incorporarse.

Pero Bob Finch le sujetó por una manga.

—No tan aprisa, Archie. Que sea peligroso no quiere decir que me niegue a hacerlo. Sólo que la «tarifa» sube en estos casos. Tendrán que ser diez mil dólares. Quiero el dinero en billetes de uno y de cinco, bien sobados. Cuando lo tengas...

Archie tuvo que ceder y aceptar las condiciones del hampón.

—Me estás estrujando, Bob. De acuerdo. Te traeré el dinero el sábado. ¿Cuándo llevarás a cabo el encargo? —preguntó, impaciente.

—¿Quién es la prójima? —preguntó Bob, atizándose otro trago de ginebra.

Archie le tendió una cartulina.

—Ésa es. Trabaja en la imprenta Mannery, de Constantin Lane, en la zona comercial. Te será fácil esperarla a la salida del trabajo.

—Bonita chica... Me va a dar pena tener que...

—¡Calla! Te pago para eso. Después de darte el dinero, estaré mirando los periódicos. En cuanto lea la noticia de su muerte, daré por cancelado el asunto. Será mejor que a partir de entonces te escondas.

—Tengo un excelente escondite, Archie. Deja eso de mi cuenta.

—De acuerdo. Adiós.

—¿Tanta prisa? ¿No vas a tomar un trago?

Archie denegó con la cabeza. En realidad, le asqueaba la proximidad de Finch y el bajo ambiente del Silver Dólar.

Bob le siguió con la mirada hasta que McCumball desapareció.

Entonces sacó la pitillera de oro que había extraído del bolsillo de Archie en el momento de sujetarle.

Sacó un cigarrillo rubio, lo puso fachendosamente en sus labios y al cerrar la pitillera surgió la llamita de gas.

—Volveremos a vernos muchas más veces, querido Archie —rió. Y guardó la pitillera en el bolsillo.

El sábado, a las cinco de la tarde, Archie McCumball penetró en una tienda de instrumentos musicales.

Miró sin interés los discos y adquirió uno de Credence Clearwater Revival.

—¿Podría hacer una llamada telefónica? —preguntó al empleado al tiempo de pagar su compra.

—Desde luego, señor. El teléfono está junto a la puerta —contestaron.

Archie dio las gracias y descolgó el auricular. Al otro lado de los cristales podía verse la sucia fachada del Silver Dólar.

Marcó el número lentamente para asegurarse de que no iba a equivocarse y escuchó.

—Ajá. Aquí Morris, del Silver Dólar. ¿Por quién pide? —dijo alguien.

—Bob Finch. ¿Quiere tener la bondad de decirle que le espero en la calle? —rogó.

—Creo que sí. Espere. —Archie pudo oír los gritos del barman transmitiendo el recado a su destinatario—. Ahora sale.

Le vio salir. Entonces abandonó la tienda y se hizo el enconradizo con él en mitad de la calle.

—¿Por qué aquí? —preguntó Bob, malhumorado—. Hace frío.

—Todas las precauciones son pocas. La verdad, Bob, no me gustaría que me relacionasen contigo. ¿Ves mi coche? Es aquel deportivo europeo. Sobre el asiento hay un paquete hecho con papel de periódicos. Cógelo. Dentro encontrarás diez mil dólares. Lo convenido.

—Todo estudiado, ¿eh? —se burló Finch—. Así nadie podría decir que ha visto cómo me entregabas el dinero. Dirías que te robé y en paz, ¿no?

Archie se mordió los labios. Finch no estaba tan «tronado» como hubiera supuesto.

—Eso carece de importancia. Tienes lo tuyo. Ahora, dime... ¿has visto a la muchacha? —preguntó.

—Ajá —ganguéó Bob—. Es menuda y bonita. Será fácil dominarla.

—¿Cuándo lo harás?

—Bueno... Hoy es sábado. El lunes, ¿qué tal?

—De acuerdo. El lunes. Estaré impaciente por tener en mis manos los diarios de la mañana siguiente. Ve ahora por el dinero y lárgate.

—Calma, calma... ¿Tienes un cigarrillo?

Mecánicamente, Archie se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo siento —dijo disgustado—. He extraviado mi pitillera. No sé dónde pudo suceder. Tendré que encargar otra a la joyería.

—Abur, entonces. Confía en mí —sonrió irónicamente Finch.

Archie le vio avanzar a trompicones hasta el coche, aguardar unos segundos hasta comprobar de que ningún agente callejero le observaba y velozmente introdujo una mano por la abierta ventanilla y tomó el paquete.

Un momento después desaparecía en el interior del Silver Dólar.

Archie esperó todavía unos minutos. Luego volvió al coche y se alejó del lugar.

Se sintió nervioso e impaciente hasta la mañana del martes.

Cuando llegó a la oficina, los periódicos estaban sobre su mesa.

En primera página aparecía el cadáver de Rosemarie Polk.

Salvajemente apuñalada. En el pecho, en el cuello, en el vientre...

Archie se sintió morir de náuseas, de asco, de repulsión.

Aquella bonita muchacha viviría todavía si él, Archie McCumball, no se hubiera dejado ofuscar por el odio.

«La policía piensa que el asesinato se debe a la mano de un desequilibrado mental o un maníaco sexual. Se busca a un individuo corpulento, grueso, que fue visto por *miss* Katy O'Neill, amiga de la difunta, espiando a través de las ventanas del apartamento que las dos ocupaban conjuntamente...».

En aquel momento fue, precisamente, cuando Archie tuvo conciencia de que Bob Finch significaba un peligro latente sobre su cabeza.

La fotografía de Rosy entregada a Bob podía constituir una prueba, puesto que las huellas de Archie estaban impresas en ella.

—¡Claro! —murmuró, comenzando a sentir el sabor del miedo—. El muy granuja tomó la cartulina con el dedo medio y el índice. Lo hizo a propósito, con el fin de no plantar sus huellas en la fotografía.

«Tendré que encargar a alguien que lo mate», pensó súbitamente. Pero aquello crearía una cadena estúpida de crímenes. Llegaría un día en que tendría que encargar a un tercer hombre que eliminase al asesino de Bob.

—No. Tendré que hacerlo yo mismo —decidió.

Pero por más que buscó por toda la ciudad, no pudo encontrar a Bob.

—Su escondite. El mencionó un refugio a salvo de peligros. ¿Dónde...? ¿Dónde diablos puede estar? —se preguntaba McCumball.

Se gastó un puñado de dinero en hacer preguntas a individuos del hampa. Pero no obtuvo más que vagas informaciones que no le llevaron a nada en concreto.

Fue entonces cuando alguien mencionó a Madigan.

—Madigan es inteligente, aunque absolutamente amoral. No hay negocio sucio o trabajo deshonesto que él *no* sea capaz de realizar. Ése es su lema: «Madigan nunca falla».

En realidad, Luke Madigan había sido arrojado del Departamento de Policía unos años atrás.

¿Los motivos? Digamos que no, en cualquier caso, por hacer obras de caridad, sino todo lo contrario.

Madigan se había dejado sobornar, había hecho la vista gorda

ante delitos flagrantes, había obtenido participación en negocios como la prostitución y etcétera.

En la actualidad, había conseguido —sólo Dios sabía cómo— una licencia para ejercer la investigación privada.

McCumball, esperanzado, le telefoneó y recibió de Madigan la seguridad de que en un plazo más o menos largo tendría bajo su zarpa a Bob Finch.

No era demasiado, pero era algo. Archie envió un cheque por quinientos dólares al expolicía y esperó.

Transcurrió una semana.

Los negocios de McCumball marchaban a la perfección. Sólo aquel maldito asunto de la muerte de Rosy Polk...

Hasta el momento, Archie jamás había pensado en Mark Rilla. Su recuerdo se perdía en la nebulosa del fastuoso presente que vivía gracias a las joyas que Mark había robado... exclusivamente para él.

Una tarde, McCumball se disponía a tomar su coche en la calle, cuando un individuo calvo y delgado, con lentes de miope, le salió al paso.

—Buenas tardes, señor McCumball. Me llamo Dan Cooke y algunos me llaman «*Scruples*»[1]. ¿Podríamos charlar un momento? Se trata de un asunto muy interesante para usted —dijo aquel hombre, con una risita hipócrita.

CAPÍTULO X

Archie vaciló. ¿De qué recordaba aquel rostro anguloso, puntiagudo, de mejillas pálidas, casi barbilampiño?

El recuerdo llegó luego, de repente.

Claro que le recordaba. Se trataba del perista [2] al que Mark y él solían llevar los botines que obtenían reventando pisos.

Scruples Cooke había sido años atrás todo un personaje del hampa. Había quien aseguraba que se haría enriquecido adquiriendo géneros robados, pero la verdad era que seguía vistiendo tan humildemente como en sus peores tiempos.

Un traje negro, raído y brillante, que no aguantaría un nuevo viaje al tinte, de seguro.

—¿De qué quiere hablarme, Cooke? —dijo Archie, al cabo—. Tendrá que ser rápido. Tengo prisa.

—Dejará de tenerla enseguida, amigo McCumball. ¿Por qué no entramos en el coche? No me gustaría que alguien pudiera vernos juntos —dijo suavemente el perista.

Inmediatamente Archie se sintió ofendido. ¿No era él, en cualquier caso, el que debería guardarse de ser visto en compañía de individuos tan poco recomendables como Scruples Cooke?

—De acuerdo —accedió—. Acomódese.

Scruples abrió la portezuela, admiró durante unos segundos el rico tapizado y se sentó, cruzadas las delgadas y frías manos sobre el regazo.

—¿Podría darme, señor McCumball, dos mil dólares? —preguntó de pronto.

Archie pronunció una palabrota.

—¿Trata de tomarme el pelo? —exclamó, colérico—. No soy una institución de caridad, amigo. Conque, lárguese.

—Le aseguro que mi noticia vale más de lo que pido. Si soy sincero, le diré más; me expongo mucho viniendo a hablar con

usted.

Archie observó al individuo con impaciencia.

—Si es cierto, dígame al menos de qué se trata —exigió.

—Pues bien; lo que tengo que decirle está relacionado con Mark Rilla y un hombre llamado Finch —confesó Cooke.

Por toda respuesta, McCumball sacó la cartera y *contó* veinte billetes de cien dólares.

—Sólo se los daré si considero que la noticia vale este dinero, Cooke. Y ahora, comience a vomitar.

Empezó a hablar inmediatamente, con los fríos ojos de pez clavados en el pequeño fajo de billetes.

—Mark Rilla y John Finch se han fugado de la prisión del Estado. Yo mismo he preparado el plan —dijo.

Archie saltó en el asiento y apresó a Cooke por el cuello.

—¡Maldito viejo...! —Gruñó—. ¿Todavía tiene el atrevimiento de venir a contármelo a mí? Ojalá que todo sea una broma de mal gusto.

—¡No... No lo es! —Gangueó el perista—. Y será... será mejor que me suelte. ¡Me va a a-ho-gar...!

Le soltó.

—¿Quién le pagó para planear la fuga, quién...? —preguntó Archie, perdiendo el control de sus nervios.

—Bob Finch —mintió Scruples, que temía ir demasiado lejos si algún día el sargento Alexander Page llegaba a saber que había traicionado a la policía—. Me dio dinero para sobornar a uno de los guardianes.

—Condenado entrometido —gruñó Archie—. Si hubiera venido a mi yo le hubiera dado todo lo que me hubiese pedido por lo contrario. Es decir, por lograr que Rilla continuase en prisión...

Scruples siguió contestando a sus preguntas, amañando las respuestas a su antojo.

—Esta mañana seguí al sargento Page. Los bomberos estaban sacando dos bultos con aspecto humano de una cloaca. Seguí a la ambulancia, interesado en averiguarlo todo. La ambulancia no se dirigió a la *morgue*, como hubiera sido de esperar, sino que penetró en la estación de policía y se detuvo en un patio interior. Bajé de mí «Chevy» y miré a través de una rendija de la puerta metálica; los supuestos sanitarios reían a carcajadas mientras arrojaban al suelo

los monigotes que habían hecho pasar por cadáveres.

—Pero ¿por qué toda esa comedia? No le encuentro significado. Entonces, Rilla y Finch lograron escapar, supongo —murmuró, nervioso.

—Eso me temo —contestó Cooke, rehuendo la mirada.

—En tal caso, ¡lárguese de una maldita vez, Scruples!

—¿Quiere decir que no va a pagarme?

—En realidad, me gustaría romperle la cara a puñetazos, viejo chivo. Pero lo consideraría un deshonor para mí.

—Se ha vuelto muy remilgado, McCumball. En tal caso, adiós —dijo Cooke, abriendo la portezuela—. No le diré dónde, probablemente, habrá ido a refugiarse Mark Rilla. ¿O no le interesa saberlo?

Archie palideció.

¿Era posible que el ladino viejo estuviese al tanto?

—Se trata de una granja bien escondida —apuntó Scruples, que no hacia el menor honor a su apodo precisamente.

Inmediatamente, Archie puso en su palma extendida los dos mil dólares.

—Y ahora, hable. ¿Dónde está la granja, a quién pertenece?

—Bob Finch la compró. Se encuentra a unas treinta millas de aquí, por la autopista al sur. Sólo hay que tomar un caminillo a la altura de un pinar. No tiene pérdida —informó el confidente.

Un momento después había desaparecido.

McCumball metió una marcha y arrancó brutalmente.

Tenía una prisa desusada por ponerse al habla con Luke Madigan.

La villa estaba construida sobre un promontorio, rodeada de verde césped y verjas blancas.

Detrás del ventanal estaba Archie McCumball contemplando las bellas pistas de golf que había hecho construir en el terreno existente detrás de la casa.

Aguardaba cada vez más nervioso una llamada telefónica.

Sobre la mesita del gran cuarto de estar, primorosamente decorado en estilo rústico, Archie había depositado cuatro vasos de *whisky*. Los mismos que había ido apurando durante las tensas horas de espera.

También el cenicero estaba a rebosar de cigarrillos aplastados nerviosamente.

«Hatajo de inútiles», pensó.

¡Si Madigan llamase de una condenada vez...!

Sólo esperaba una noticia. Algo así como:

—Descanse tranquilo, señor McCumball. Hemos encontrado la casa. Los Finch y Mark Rilla cayeron como corderinos en la trampa. No, ya no tiene nada que temer. Los tres han dejado de existir.

Había puesto a disposición del venal detective todos los medios necesarios, todo lo que él había pedido.

Incluso había tenido que sobornar a los chicos de un taller de chapa y pintura para que «decorasen» un gran «Ford» negro de forma que pudiese ser tomado por un automóvil de la policía.

Madigan había tenido una buena idea, Archie lo reconocía. Pero ¿por qué diablos tardaba tanto en establecer contacto?

Había un bar de tres metros de longitud construido en roble encerado. Archie pasó tras la barra y se sirvió otro *whisky*.

Demasiado alcohol, a decir verdad.

Pero el alcohol era el único remedio para el miedo que atenazaba ya su corazón.

Había estado pensando mucho durante los últimos días.

¿No era bastante con lo de Rosy, con lo de Bob Finch, para que finalmente surgiese el contratiempo de la fuga de Mark?

Afortunadamente había sido lo suficientemente listo para escuchar a Scruples Cooke, para averiguar la situación del refugio de Bob, para enviar a Madigan con la urgente orden de matar.

Bebió largamente del vaso y lo dejó, asqueado y febril, sobre la barra.

¿Para qué iba a servirle toda aquella riqueza que le rodeaba si un día Mark Rilla penetraba por una de las puertas y le mataba a balazos?

«Tiene una endemoniada puntería —pensó—. Podría acertarme desde el borde del bosquecillo de alerces. ¡Y ni siquiera podría verlo a él!».

Ni siquiera admitía entonces que había traicionado a Mark, que en ningún momento había pensado en repartir su riqueza con él.

Como en una pesadilla, volvieron a desfilar ante sus ojos las dramáticas escenas de la estación de Botlow.

—Vete, Archie. Vas a huir por ese desagüe. Te ocuparás de Rosy. ¡Que nada le falte a ella y a ti! ¡Vamos, ¿qué esperas para largarte?!

Se había sacrificado por él, por Rosy.

—Sólo fue un idiota consumado —pronunció Archie en voz tan alta que él mismo se asustó.

Intentó cambiar de pensamientos.

Aquella misma tarde hubiera podido invitar a Pamela Darrow a pasar la velada, solos, en su villa campestre.

Ella parecía estar deseando un tipo de invitación así. Eso se deducía de su sonrisa provocativa, de la estudiada forma de exhibirse ante los ojos de su jefe.

—Ojalá lo hubiera hecho —se dijo—. Ahora no me sentiría tan solo. Charlaríamos, beberíamos juntos. Y luego...

Pero no se había atrevido. No, al menos, hasta solucionar su particular problema.

¡No... hasta que Bob y Johnny Finch, acompañados de Mark Rilla, descansasen bajo unas yardas de tierra húmeda!

Comenzó a pasear.

Se había hecho de noche y tuvo que encender las luces.

Miraba de cuando en cuando el teléfono blanco con muda expresión de súplica que parecía decir: «¡Suena, maldito, zumba cuanto antes...!»

Corrió las cortinas del gran ventanal de más de diez metros. Y respingó de espanto al imaginar que él, Mark, estuviese afuera, en la pista de golf.

—Mi silueta estará recortándose ahora nítidamente sobre los cristales. Un tirador como Mark no fallaría el tiro ni borracho siquiera —se dijo.

Se apartó del ventanal como si el lugar apestase.

¿Por qué se sentía tan intranquilo? Archie siempre había sido dueño de sus nervios. Incluso cuando se vio dueño de una fortuna. Mark estaba tras las rejas de la penitenciaría; el botín no iba a disputárselo nadie.

Había obrado con cautela, vendiendo las joyas en pequeñas partidas, en lugares distantes y diferentes.

Y había ido colocando el dinero en empresas sumamente seguras y rentables. Siempre sobre seguro, siempre prudente, cauteloso,

seguro de sí mismo.

Jamás había pensado en Mark. Egoísta hasta la exageración, pensó que visitarle en la penitenciaría podría acarrearle perjuicios.

Pero ahora... ¡Ahora estaba acordándose de él todo lo que antes le había ignorado!

El teléfono comenzó a repiquear en aquel momento. Estrepitosamente.

Archie dio un salto y apresó el auricular.

—¿Sí...? Soy McCumball —gritó, casi.

—Me alegro de encontrarle en casa, señor McCumball. Soy el sargento Page.

Archie tuvo que tragarse la maldición que ya pronunciaban sus labios.

—¿Y bien, sargento? ¿Qué es lo que desea? —preguntó, procurando que su voz sonase con tono indiferente.

—Verá, pensé que podía interesarle. Seis hombres han sido muertos a tiros por el *sheriff* de Burlington y sus policías.

—¿Qué diablos tiene que ver...? —comenzó a decir McCumball, excitado.

—Tal vez, nada. Pero escuche; uno de los hombres se llama Luke Madigan. —Archie se estremeció de pies a cabeza—. Si quiere saber lo que sucedió, se lo diré, Madigan y otros cinco hombres estaban registrando una casa cuando tropezaron con el *sheriff* de Burlington.

Fue una casualidad, pues James Tracy seguía la pista de un ladrón de automóviles. Sorprendió a Madigan y los otros cuando se hacían pasar por policías. Les ordenó entregarse. Madigan y los que le acompañaban comenzaron a disparar sus metralletas. No tuvieron gran suerte, pues a Tracy le acompañaba un tirador excepcional. En cuanto al motivo de que le haya llamado...

—Dígalo, por favor.

—Madigan llevaba en sus ropas una libretita. Había apuntada una cantidad: cuatro mil dólares. Y un nombre: Archibald McCumball. Imaginé que usted había encargado alguna investigación a Madigan, ¿es así?

—Se equivoca. Debe tratarse de otro McCumball —dijo Archie con voz helada. Y colgó.

CAPÍTULO XI

A las diez, Archie McCumball penetró en el edificio de los negocios McCumball.

El portero le saludó con una leve inclinación de cabeza, el botones encargado del ascensor se apresuró a dejarle paso.

Ya comenzaban a cerrarse las puertas automáticas, cuando alguien penetró en el ascensor.

—¿No le importa que suba con usted, míster McCumball?

Archie alzó la mirada.

Un grito de espanto brotó de su garganta.

¡Mark... Mark Rilla en persona...!

—¿Le ocurre algo, señor? —Era el botones quién se inclinaba hacia él, solícito, deteniendo el ascensor.

Miró al recién llegado por segunda vez. La frente de Archie estaba cubierta de gotitas de helado sudor.

¡No era Mark, se había equivocado...!

Idéntica estatura, sí, pero un rostro absolutamente distinto. Vulgar, redondo, inexpresivo, sin el vigor que traslucía eternamente aquel otro cuadrado y enérgico de Mark.

—Lo... Lo siento —balbució—. Son los nervios. Creo que estoy trabajando demasiado.

Volvió a escrutar el rostro del hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz desmayada.

—Le anuncié mi visita, señor McCumball. Soy Dalvis, de la General Motors. Traigo la documentación de sus autocares —dijo el otro.

Archie expelió el aire contenido en sus pulmones, se apoyó sobre el panel del ascensor y ordenó sin fuerzas:

—Vamos arriba.

Treinta segundos de rápida ascensión y el aparato se detuvo suavemente, amortiguado el frenazo por el sistema hidráulico.

—Benson le atenderá —dijo a Dalvis, señalándole la puerta inmediata.

Ni siquiera esperó para escuchar las palabras del hombre de la General.

Pam Darrow hinchó el pecho cuando Archie penetró en su lujoso despacho.

Pero su jefe pasó junto a ella sin reparar en su magnífico busto.

—Mmmm —murmuró despechada—. ¿Qué puede ocurrirle para que ni siquiera haya reparado en mis...?

Archie había tomado asiento. Sin alzar los ojos ordenó:

—Café.

Volvió a pedir más café a las diez y media. Y a las once.

A las doce, McCumball se tomó un doble de coñac.

—¿Cómo podrá tomar todo eso a esta hora? —Se estaba preguntando Pam Darrow, verdaderamente escandalizada en su interior.

A las doce treinta sonó el timbre del teléfono.

Pam alisó levemente su falda y llevó el teléfono a su jefe.

—Míster McCumball, es una llamada para usted. Personal —dijo, plegando los labios en una sonrisa que ella juzgaba irresistible.

McCumball tomó el teléfono sin mirarla, por lo que Pam se alejó hacia su escritorio ofendida en lo más íntimo.

—Archie McCumball —estaba diciendo su jefe, intentando que su voz sonase tan enérgica y potente como siempre—. ¿Quién es...?

Tras una pausa de unos segundos, alguien habló al otro lado del hilo.

—Querido Archie, ¿tanto ha cambiado mi voz que no puedes reconocerla?

McCumball comenzó a impacientarse.

—¿Quiere bromear? ¡Vamos, diga su nombre de una maldita vez o colgaré! No dispongo de tiempo para...

—¿... Para dedicarlo a tu viejo compañero de atracos, Archie? —Era una voz metálica, con inflexiones burlonas.

Respingó sobre su sillón.

—¡Mark! —el grito salió involuntariamente de sus labios.

—Diana, compañero. Soy yo. He logrado fugarme. Pero ahora necesito de ti. Estoy muy cerca, estaré ahí en unos segundos...

—¡No! Quiero decir... Yo bajaré. Espera, Mark.

—¡Cuántos nervios, maldición! Apenas podía articular una palabra a derechas.

Miró a su secretaria.

Aunque Pam simulaba estar distraída en su trabajo, a McCumball no le cupo la menor duda de que ella estaba escuchando con todos sus sentidos alerta.

—Señorita Darrow...

—¿Sí, señor?

—Baje al restaurante. Encargue un almuerzo para mí. No se deprisa. Puede tomar una copa. Cárguela a mi cuenta —ordenó.

Ella vaciló un segundo. Pero asintió y salió del despacho, tras tomar su gabardina del armario.

Entretanto, Archie estaba haciéndose mil preguntas, dominado por la excitación.

Mark no parecía colérico. Por el contrario, su voz sonaba cordial y tranquila.

¿Es que no sabía nada de la muerte de Rosy?

«¡Claro! —se dijo—. Bob Finch ha callado por la cuenta que le tiene. En la prisión no trascienden las noticias del exterior...»

¿Qué podía hacer? ¿Mostrarse amistoso, ayudarle con dinero, ir a buscarle?

Pero... ¿y si todo era una encerrona?

—¿Estás ahí, Archie, viejo amigo? —retumbó la metálica voz de Rilla en el auricular.

—No... Quiero decir, claro que sí —balbució.

—Te noto extraño. ¿Alguna preocupación, Archie?

—¡Sí! Bueno, en realidad... Cosas de los negocios.

—He sabido que has progresado mucho, Archie. Sé que tienes una maravillosa villa campestre, coches...

¡Lo sabía! Conocía incluso la situación de su villa.

—Todo va bien, Mark. Por supuesto, lo mío es tuyo.

—¡Claro, claro...! Por cierto, ardo en deseos de ver a mi pequeña Rosy... ¿Está bien? ¿Te cuidas de ella?

Un tic intenso atacó el párpado izquierdo de Archie.

—Perfectamente —logró articular—. Escucha una cosa, Mark. Creo que has cometido un error fugándote. Yo tenía proyectos para sacarte de la cárcel...

—Ah, Archie, viejo camarada... Bien sé que si no te ocupaste de

mí hasta ahora, sólo fue por cuestión de seguridad. Lo apruebo, lo apruebo sinceramente. Pero ahora necesito ropas, dinero, un refugio...

Archie estuvo a punto de preguntarle por Bob Finch. Pero logró dominarse a tiempo.

—Lo tendrás, Mark... ¡Tendrás todo lo necesario!

—¿Cuándo?

—Es... Espera. Tengo que pensarlo. No conviene que nos vean juntos. A... Avisaré a Rosy. ¡Se va a... a poner tan contenta!

—Buen amigo. ¿Dónde nos vemos?

—Aguarda hasta la noche. ¿Tienes coche?

—Tuve que robar un «Mercury». Es de color azul, de un modelo atrasado...

—Bien, bien... Podemos reunirnos en Cockery Row, ya sabes dónde está. Aguarda allí hacia las ocho. Llevaré dinero, ropas...

—De acuerdo, Archie. ¿Y Rosy?

—La llevaré conmigo. ¡Se volverá loca de contento! Pero sigo pensando que no debiste fugarte...

—Compréndelo, Archie. Tantos años en esa espantosa soledad. Ni siquiera tenía el consuelo de vuestras visitas. En lo que hace a ti, tu cautela está justificada. Pero ella... ¡La he echado tanto de menos!

Archie no dijo nada. Porque si Rosy no había ido a visitar a Mark a la prisión era por su causa. McCumball la había convencido una y otra vez de que visitar a Mark sería peligrosísimo para todos.

—Mark, ¿no crees que sería mejor presentarte a la policía? Yo me ocuparía de todo. Ahora ya soy respetable y poderoso. No sería difícil, con dinero abundante, conseguir una libertad a corto plazo...

—¿Eres tú quien me dice eso, Archie? —La voz de Rilla sonaba ahora entristecida—. No puedes imaginarte lo que significan cinco años de prisión, día por día. Sería capaz de matar... antes de volver allí. ¿Es que no te alegras de verme, de saberme fuera de esos odiosos muros?

—¡Por supuesto que sí, viejo camarada! —se apresuró a responder Archie—. ¿Crees que puedo ignorar que te sacrificaste por mí, por Rosy? Todo lo que tengo te lo debo a ti. Sólo que...

—¡Sigue...!

—Pues bien; habría deseado para ti algo mejor que una fuga. Juntos habríamos dirigido este negocio y lo hubiéramos desarrollado increíblemente. Compré los camiones pensando en ti, en tus conocimientos del negocio, ¿te das cuenta? Pero ahora, perseguido por la policía, tendrás que andar ocultándote siempre.

—No te preocupes. He pensado algo...

—¿Qué es ello?

—Se llama cirugía estética. Con dinero, es fácil conseguir que un cirujano altere mi rostro. Me teñiré los cabellos, cambiaré de nombre. Y tus proyectos se convertirán en realidad. Trabajaremos juntos... ¡Nos reiremos de todos!

Archie plegó los labios en una mueca amarga.

No, no era aquél el camino que pensaba seguir. Nada de compartir su dinero, su posición, su poder con Mark Rilla.

Aparte de ello, estaba el problema de Rosy.

¿Qué haría Mark cuando supiese que ella había sido asesinada, que su amigo estaba engañándole al darle a entender que la muchacha seguía viviendo?

—Espléndido —aseguró, aunque la expresión de sus ojos se había ensombrecido—. Se hará tal como tú dices...

—No faltes a la cita, Archie. Necesito tu ayuda urgentemente, compréndelo.

—No faltaré. Rosy me acompañará.

—Quizá no tenga paciencia para dejar pasar tantas horas sin verla. Hoy hace una semana que me fugué.

—Domínate. Será mejor que nadie te vea. Lo digo por tu seguridad, Mark. Estaré nervioso hasta saberte a salvo.

—¡Gran amigo! Veo que todo lo que hice valió la pena.

—¿Desconfiabas?

—Admito que en alguna ocasión llegué a desesperarme. Era mucho dinero para ser manejado por un solo hombre. Pero inmediatamente volvía a desechar la sospecha. Siempre creí en tu fidelidad, Archie.

—Hiciste bien. Voy a colgar. Recuérдалo; a las ocho de la noche en Cockery Row.

—A las ocho en Cockery Row —repitió Mark.

Y colgó.

Archie hizo lo mismo. Los papeles que había en su mesa estaban

húmedos de gotitas de sudor.

En aquel momento penetró en el despacho Pam Darrow.

Le seguía un camarero portando una bandeja con su almuerzo.

Pam sonrió empalagosamente.

—Espero que haya acertado, señor McCumball. He ordenado consomé, tortilla de espárragos, pollo *bouchiére*, ensalada, frutas...

Archie la miró fríamente.

Y tomando su gabán del armario, murmuró rabiosamente:

—Está bien... ¡cómaselo usted!

CAPÍTULO XII

Llovía mansamente.

Archie se estiró las solapas de la elegante gabardina de forma que tapase su cuello y corrió a guarecerse bajo el techo de su sedán verde manzana.

Arrancó el motor y partió sin rumbo fijo...

El monótono rumor del aparato limpiaparabrisas excitaba sus ideas.

Pero ¿cómo ponerlas en orden? ¡Se encontraba tan descentrado, tan nervioso y desequilibrado...!

Una cosa era cierta y clara; tenía que adquirir inmediatamente una pistola.

Porque tendría que matar a Mark Rilla.

Tal cosa no sería un delito a los ojos de la policía, puesto que Rilla era un fugado de presidio.

Comenzó velozmente a urdir una historia.

—Me atracó... Sí, llevaba unos mil dólares en la cartera. Ni siquiera reparó en la pistola que siempre llevo en el secreter del panel. Salió corriendo. Grité, conminándole a detenerse. Entonces se volvió... ¡Tenía la pistola en la mano y supe que iba a disparar! Tuve que hacerlo, en defensa de mi vida. Disparé y cayó...

¿No era una historia perfectamente verosímil?

—Desde luego que sí —se dijo en voz alta.

Y se mordió los labios. ¡De nuevo aquella manía de expresar sus pensamientos más íntimos en voz alta!

Claro que su plan tenía muchos agujeros. Demasiados, a decir verdad.

Porque Mark Rilla no iba a dejarse matar fácilmente.

Con toda seguridad, lo primero que habría hecho sería conseguir un arma de fuego. Un tipo escapado de presidio obraría de esa forma.

Y Archie no podía competir con Mark a la hora de empuñar una pistola. Rilla era un tirador de primera con pistola, metralleta o fusil.

Claro que si lograba engañarlo, si pudiera tenerlo a tiro, confiado... ¡podría matarlo por la espalda!

Sin darse cuenta, McCumball había abandonado las arterias principales de la ciudad y rodaba por la carretera.

También existían otros medios de quitarse de encima el peligro cierto que suponía Mark.

La policía.

Mark iba a esperarle en Cockery. A las ocho.

Si Archie hacía una llamada anónima a la estación de policía, indicando aquellos datos, los hombres de la ley estarían aguardando a Rilla.

Por supuesto que en cuanto vieran aparecer el «Mercury» azul comenzarían a disparar y ametrallarían a Mark.

—No está mal, no está mal —se dijo.

Pero también el plan hacía agua; si Mark lograba escapar, volvería a llamarle por teléfono, querría saber, sospecharía de él, la única persona que conocía el lugar de la cita.

Existía otra solución, contemporizar con Mark. Darle cobijo en su villa, conquistar su confianza.

Y matarlo en cuanto tuviese la menor oportunidad.

Deshacerse de su cadáver sería un problema nimio comparado con lo principal; el asesinato.

Conducía tan inmerso en sus pensamientos que cuando se dio cuenta había recorrido más de quince millas carretera adelante.

Un claxon sonó a sus espaldas, de repente.

Inmediatamente, un automóvil plateado de gran potencia le adelantó, volviendo con peligrosa rapidez a la derecha.

Archie McCumball pronunció una palabrota y frenó a fondo. El automóvil que acababa de adelantarle estaba ante él, entorpeciéndole el paso, casi provocando la colisión.

El sedán de McCumball se detuvo en seco, muy cerca del arcén.

Ya se disponía a reemprender la marcha, cuando el otro coche se inmovilizó igualmente y dos hombres bajaron y corrieron a su encuentro.

Pasmado por la sorpresa, Archie reconoció a Bob Finch.

—Corres demasiado, querido Archie —se burló Bob, asomando su cara de luna llena por la ventanilla—. ¿A qué viene tanta prisa?

Archie fue a contestar. Y se atragantó.

—¿Qué quieres, a qué viene esta broma absurda, Bob? ¡Estuviste a punto de echarme fuera de la carretera! —bramó.

—Tranquilízate, Archie. Éste es mi hermano, Johnny Finch. Tenemos que hablar contigo.

Antes de que McCumball pudiera impedirlo, los dos hombres se habían colado frescamente en su coche.

Archie no sabía qué pensar. Por una parte, tenía a Bob Finch ante sus ojos, con todas las posibilidades que su presencia significaba.

Por otra estaba preguntándose, desconfiado, cuál era la razón de que aquellos desaprensivos le hubieran detenido de forma tan peligrosa.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Bob con burlona grosería.

Archie alargó mecánicamente la mano y tomó un cigarrillo.

Pero inmediatamente el cigarrillo se cayó de sus labios y sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¡Mi pitillera de oro! —gritó. E intentó agarrarla.

Pero Bob esquivó su acometida con facilidad y arrojó la pitillera sobre las manos de Johnny, que ocupaba el asiento trasero.

—En efecto, Archie; es tu pitillera.

—¡Condenado ladrón! —Gruñó McCumball, estupefacto—. ¿Aún tienes cinismo suficiente para admitirlo?

Bob rió, guiñando los ojos con malicia.

—¿Por qué iba a negarlo? Te la «pispé» en el Silver Dólar sin que te dieras cuenta, querido.

—¡Dámela! —exigió Archie, haciendo rechinar sus dientes.

—Ten paciencia. Antes hemos de hablar. Johnny y yo hemos pensado que podrías ayudarnos. Verás; hemos pensado en montar un negocio y retirarnos de esta aperreada vida. Necesitamos veinte mil dólares, querido y generoso Archie.

—¿Qué cuento es ése?

—No es ningún cuento, sino la pura verdad. Johnny y yo vamos en serio. Aunque te cueste creerlo, hemos decidido convertirnos en honrados ciudadanos. Pero estamos flojos de «pasta». Tú eres rico. ¿Por qué no ayudamos con veinte de los grandes?

—Estás loco si piensas que yo... —empezó a decir McCumball.

Pero enmudeció de repente cuando Johnny puso ante sus ojos la fotografía de Rosemarie Polk. La misma que Archie había entregado a Bob cuando le encargó el asesinato.

—Si no nos das el dinero, esta fotografía, con tus huellas incluidas, irá a parar a la policía con una nota aclaratoria, Archie. Verdaderamente, pensamos que ibas a encontrarte en serias dificultades con los hombres de la Sección de Homicidios. Decide.

—Es inútil —rechazó Archie, rojo como la grana. Respiraba con dificultad porque la ira agobiaba su pecho—. Es una simple cartulina. Me bastaría con decir que la encontré y la guardé. Por otra parte...

—Sigue, querido Archie...

—¡Diría que no te conozco de nada, que sólo tratas de extorsionarme! —estalló, frenético ya.

Tuvo que aguantar las risitas contenidas de los dos hermanos.

—¿Quién te iba a creer? Si me acusaras. —Bob le miraba entre malévolos y sarcásticos— acelerarías tu final, querido. Asegurarías no conocerme, pero para eso está tu pitillera. Jamás habría podido robártela si no hubiéramos estado juntos. Morris, del Silver Dólar, aportaría su testimonio. Te reconoció, e incluso reconoció tu voz cuando me llamaste para hacerme salir de su negocio.

Archie boqueó como un pez fuera del agua.

Fue en aquel momento cuando advirtió que el cabo de una navaja sobresalía del bolsillo del chaquetón de Bob.

—Fue bastante rápido, desde luego. Antes de que Bob se hubiera podido recobrar de la sorpresa, sus dedos habían agarrado la navaja y exclamaba, decidido:

—No lo habéis calculado todo. Antes de que podáis extorsionarme, os mataré a los dos.

Ya elevaba la temible navaja en el aire, cuando Bob alzó las manos con gesto apaciguador.

—Quietos, Archie. No cometas ninguna tontería. ¿Sabes lo que tienes entre las manos? Con esa navaja apuñalé a Rosy Polk.

Archie soltó el arma como si sus cachas abrasasen.

Diestramente, Johnny Finch la recogió por la hoja y la envolvió en un pañuelo.

Para entonces, Bob reía como un loco. Podría afirmarse que su

ataque de hilaridad iba a arruinar su corazón en media hora.

De repente dejó de reír.

—Querido, ahora tendrás que pagar necesariamente —dijo señalando a McCumball con el índice extendido—. Porque estás perdido.

—¿Perdido? —Algo le decía a Archie que acababa de cometer una estúpida equivocación.

—¿Necesitas que te lo expliquemos? —Bob se frotaba las manos regocijado—. En la navaja que mató a Rosy... están perfectamente impresas tus huellas dactilares. Yo había limpiado perfectamente las mías, con que...

McCumball se dejó caer sobre el asiento, extenuado.

De buena gana se hubiera abofeteado a sí mismo, tan chasqueado se encontraba. Pero de nada iba a servirle el estúpido autocastigo.

—Es delicioso. Sólo tendríamos que meter esta navaja en un paquetito y enviarla a la policía. O dejarla abandonada, bien visible, en las inmediaciones del lugar donde maté a Rosy... Alguien la encontraría y la llevaría a la policía. Y ¿qué ocurriría, querido? Te detendrían en cualquier lugar, te colocarían un par de aros metálicos en las muñecas e irías a pudrirte a la cárcel para siempre...

—Pero yo...

—Estamos dispuestos a escuchar tu proposición, Archie —dijo secamente Johnny Finch.

Archie alzó el rostro y miró a los dos hermanos alternativamente.

—Os daré los veinte mil —accedió con voz ahogada.

—Bien.

—Pero quiero a cambio esa navaja. Y la fotografía. Y la pitillera...

Bob lanzó una carcajada.

—La navaja es cosa aparte. Serán otros veinte mil por esta preciosa prueba de culpabilidad contra ti, Archie.

¿Qué podía hacer?

Aceptar, no había otro camino.

—En dinero usado. Hoy mismo —exigió Johnny.

Bajó la cabeza, asintiendo, sin fuerzas para contestar.

Entonces Johnny bajó del coche y se dirigió al automóvil en que habían llegado hasta allí.

—¿Y bien...? —preguntó a Bob.

—Da la vuelta. Mi hermano nos seguirá. No intentes ninguna tontería. Johnny ha cargado con las pruebas. No conseguirías nada. Por lo demás...

Archie se arrugó ante la visión de la pavorosa recortada que Bob acababa de sacar del interior de su chaquetón.

—Un momento —dijo de repente McCumball—. Duplicaré esa cantidad, os daré hasta... cien mil dólares en efectivo si me libráis de Mark Rilla.

Bob abrió unos ojos como huevos. Inmediatamente hizo señas a Johnny para que se detuviera.

CAPÍTULO XIII

—¿Serías capaz de hacerme un favor? —preguntó Mark.

Cheryl le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué clase de favor? —inquirió, a su vez, con cierta desconfianza.

—No voy a pedir que te desnudes para mí, pequeña... si es eso lo que estás pensando. Apenas eres un crío. Lo que quiero es muy fácil. Has estado yendo a Galby City cada día para comprar alimentos. ¿Podrías llevarme en tu moto?

Cheryl no contestó enseguida. Mark advirtió el enfado que había en sus ojos grandes, rasgados.

—Está bien. Lo haré. Tú me defendiste cuando esa pelandusca me golpeó. Pero ¿crees que será fácil? Ella, Janet, avisaría inmediatamente a los Finch. Y ellos son dos bestias, Mark.

—Lo sé. Pero tardarán en volver. Adivino que se traen algo entre manos... Dijeron que iban a comprar un coche. Y han tenido tiempo suficiente para comprar todo un parque de automóviles. En cuanto a Janet...

—¿Qué? —preguntó Cheryl, ávida.

—Sígueme —susurró por toda respuesta Rilla.

Al pasar por el porche, Mark tenía ya entre sus manos el cabo de cuerda que Janet utilizaba para sacar agua del pozo.

Intrigada, Cheryl siguió al hombre casi corriendo para amoldarse a su paso.

Janet estaba en la cocina cuando escuchó los pasos de Rilla.

—¿Eres tú, Mark? —preguntó.

—Sí. Haz un poco de café. Muy caliente —dijo el hombre, avanzando con la cuerda a su espalda.

—Café, ¿eh? ¿Te crees que soy tu sirvienta, mocito? El hecho de que Johnny haya cometido la estupidez de...

Mark llegó a ella por la espalda y con rapidez no exenta de

brusquedad le agarró los brazos y se los colocó atrás.

Antes de que la mujer hubiera podido comprender la maniobra, sus brazos estaban inmovilizados sobre la espalda.

—¡Cochino! —rugió Janet—. ¿Acaso te propones...?

—¿Sobar tus grasientas carnes? —se burló Rilla—. Tranquilízate, sé que no te gustan los hombres, sino...

Mark dirigió una mirada a Cheryl, que aguardaba a la puerta de la cocina.

Janet exhaló un grito, seguido de una sarta de improperios que obligaron a la muchacha a taparse los oídos.

Un paño de cocina, todavía húmedo, sucio, tapó su boca salvajemente.

Luego Mark ató los tobillos de Janet con maestría y la arrastró hasta el silo.

—Van a tardar en encontrarte, Janet. Pide al cielo que los Finch regresen pronto. Si no es así...

La empujó al sótano y la dejó caer sin suavidad.

Cuando volvió a la cocina, Cheryl reía suavemente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rilla.

—Nada. Por una vez, esa mujerzuela ha recibido el trato que se merecía. ¿Vamos?

—¡Espera! Creo que... no he sido demasiado generoso, Cheryl. Con esto voy a ponerte en un aprieto con los Finch. Tendrás que volver. Cuando ellos lleguen, deberás explicar muchas cosas.

—No volveré —dijo ella con energía.

—Pero... ¡sólo eres una chiquilla, una menor! —protestó Rilla.

—No importa. —Cheryl apretaba los labios con decisión—. ¿Vienes?

Salieron.

Ella tenía la moto bajo un cobertizo.

Era una buena máquina de fabricación japonesa, muy potente.

Cuando ella la hubo arrancado, Mark se acomodó atrás y la ciñó por la cintura.

Pudo notar claramente la vibración de los músculos de Cheryl bajo su cazadora de ante. Inmediatamente la soltó.

—Lo siento. Fue un gesto instintivo —murmuró, abochornado.

—No tienes que disculparte. Afíanzate. Toma, ponte el casco. Los policías de tránsito nos detendrían si nos vieran viajar sin él —

respondió ella.

Arrancó.

Para ser una muchacha, conducía la moto con soltura de profesional. Mark se lo dijo y ella rió, por primera vez, alegremente.

Poco después alcanzaban la carretera y Cheryl frenaba a la altura de la cuneta. Se volvió a mirar a Mark con un gesto de interrogación.

—Si no piensas volver a la granja, será mejor que vayamos a Botlow —dijo él. Y Cheryl asintió, contenta.

La moto petardeó con fuerza y rodó velozmente hacia el norte.

La granja estaba en completo silencio.

«Satán», atado por una cadena al tronco de un árbol seco, comenzó a ladrar roncamente al distinguir el coche.

Finalmente, el sedán de McCumball se detuvo junto al pozo. Un minuto después, Johnny Finch llegó con su coche plateado comprado en Galby City.

Bob sacó la recortada.

Había en sus ojos un brillo de ambición cuando recogió la escopeta y bajó del coche de Archie.

—Quédate ahí. Si te viera, Mark sospecharía inmediatamente. Yo me encargaré del asunto —susurró.

—De acuerdo. Daos prisa.

—Estás ansioso por verle muerto, ¿eh? Yo también. Le odié desde el momento en que le vi —dijo Bob, con ferocidad.

Lo cierto era que temía a Rilla.

En aquel momento Johnny se reunió con su hermano.

—Es extraño —dijo éste—. Hubiera apostado que Janet y Cheryl saldrían a recibirnos, curiosas por ver el coche.

—Estarán oyendo la radio, junto al fuego. ¡Este maldito tiempo...! —Gruñó Bob.

Johnny sacó una pistola del pecho y montó el carro.

—Vamos allá, Bob. Yo entraré por el porche. Tú, rodea la casa y penetra por el granero. Mark estará esperando confiado. Dispara a matar. Vale muchos dólares —recomendó.

—Ajá. Si me veo en dificultades. —Bob apenas pudo disimular el escalofrío— daré un grito y me arrojaré al suelo. Dispara entonces sin preguntar.

—Descuida. Ahora, vamos adentro.

Johnny guardó la pistola en el bolsillo de su chaquetón y esperó hasta que su hermano desapareció al otro lado de la casa.

No pensaba entonces en otra cosa que en los cien mil dólares que McCumball iba a darles.

En dos horas, Archie había logrado reunir cincuenta mil.

—El resto, cuando Mark esté muerto, contra entrega de la navaja, la pitillera y la foto —había dicho.

El color del dinero obligó a Johnny a olvidarse de algunas cosas.

No recordaba, por ejemplo, que Mark Rilla le había salvado la vida cuando estuvo a punto de morir ahogado en la espantosa oscuridad de la cloaca.

Empujó la puerta. Bob había tenido tiempo suficiente de llegar al granero.

Ahora... ¡Ahora iban a pillar a Rilla de forma que no tuviera ni una sola oportunidad!

—«Es raro —pensó—. No se oye la radio. Y Janet la tiene puesta a todas horas. Tampoco rumor de voces...»

Se estremeció.

¿Qué estaba ocurriendo? Acababa de escuchar un chirrido quejumbroso... ¡La tapa del sótano!

Avanzó con precaución, asomó a la puerta de la cocina.

Entonces escuchó aquel grito. Y simultáneamente, una sombra apareció en la puerta que comunicaba la cocina con el granero.

Johnny, perdido los nervios, disparó dos veces.

Hubo un quejido ahogado y un cuerpo cayó pesadamente al suelo.

Entonces Johnny corrió hacia allí.

Un foganazo brilló deslumbrante ante sus ojos. Un pedazo de plomo penetró por la frente de Johnny arrebatándole la vida en tan sólo unos segundos.

Bob apareció arrastrándose por el suelo.

El piso de madera iba quedando teñido en rojo sangre detrás de él.

Fatigosamente logró llegar hasta el cuerpo de su hermano. Y reconociéndole, lanzó una exclamación de infinita sorpresa.

—¡Imposible...! —Gruñó—. ¡He... He disparado contra Johnny!

Lo comprendió de repente.

Había sido él mismo, Bob, el que había advertido a Johnny: «Si

me veo en dificultades daré un grito...»

El grito lo había dado Janet, a la que acababa de encontrar en el sótano, atada como una morcilla.

Había intentado sacarla. Al tirar, su silueta se había recortado contra el tragaluz...

¡Ira del diablo! ¿Cómo... Cómo era posible que los hechos se encadenaran de forma tan diabólica para culminar en aquella estúpida matanza?

Bob quiso maldecir con toda su alma. Pero los dos boquetes que tenía en el pecho habían atravesado un pulmón y el aire se escapó en forma de espuma rojiza por las heridas.

Así le encontró Archie McCumball cuando veinte minutos después logró reunir fuerzas suficientes para penetrar en la casa.

Bob estaba agonizando y murmuraba blasfemias con voz gangosa.

A su lado, Johnny estaba muerto.

Archie comenzó a retirarse, helado de espanto.

Entonces oyó el grito de la mujer.

Sin poderlo remediar, saltó sobre el cuerpo de Bob y entró en el granero.

Archie pudo ver a la mujer, atada y amordazada, aunque el trapo que cerraba sus labios estaba mordido y parcialmente deshecho en jirones.

Espantado, huyó de allí.

De repente recordó que los Finch tenían aquellas pruebas que bastarían para incriminarle.

Volvió, pues, sobre sus pasos y registró los dos cadáveres. Rabioso, repitió otra vez el registro, sin encontrar lo que buscaba.

—¿Dónde... Dónde lo han metido? —se preguntó, ansioso.

Entonces vio la pistola en manos de Johnny. Tuvo que tirar con fuerza para arrancar el arma de los dedos rígidos del cadáver.

Allí estaba el arma que iba a necesitar. ¿Para qué dejar una posible pista adquiriendo una pistola en cualquier armería?

Salió a la carretera, temeroso de que alguien pudiera sorprenderle en aquel tétrico lugar.

Antes de huir, registró el coche plateado de los Finch y recuperó los cincuenta mil dólares que había logrado reunir con tanto trabajo.

Por desgracia, por más que registró el coche no pudo encontrar la navaja con sus huellas, ni la fotografía ni su pitillera.

¿Qué hacer?

El aullido de «Satán» le obligó a decidirse. Volvió a su sedán, dio el contacto y se alejó tan aprisa que el automóvil botaba literalmente sobre el irregular camino.

Eran las cinco de la tarde.

Todavía podían enderezarse las cosas de forma que la suerte rodase a su favor.

Mark le estaría esperando a las ocho en la solitaria Cockery Row.

Una sonrisa torcida alteró su rostro de galán cinematográfico.

CAPÍTULO XIV

El sedán alcanzó Cockery Row y rodó despacio por la carretera, entre las dos filas de añosos madroños.

Llovía torrencialmente. Los cristales del coche de Archie estaban empañados de forma que apenas distinguía los perfiles de las viejas casas de ladrillo negruzco.

Al fin, los faros arrancaron reflejos de la carrocería azulada de un automóvil estacionado junto a un almacén de cereales.

—¡El «Mercury»! —exclamó Archie. Y pisó el freno, desviándose rápidamente fuera del firme.

La pistola de Johnny Finch estaba en el bolsillo de su gabardina.

La había revisado. En el cargador quedaban todavía cinco balas blindadas en acero.

Cortó el encendido y dejó las luces de posición. Ya se disponía a salir cuando una elevada figura surgió ante él.

Era Mark Rilla.

—¡Caray! —Gruñó Archie—. Me has asustado.

—¿Por qué, viejo amigo? —Mark palmeaba su espalda con demasiada efusión—. No hay motivos para ello. Y bien, has cumplido tu palabra. ¡Ya sabía yo que Archie McCumball no podía fallar!

Archie tosió secamente.

—Está bien, está bien. Deja de golpearme o me vas a matar, Mark. ¿Quién está contigo? —La mirada de Archie estaba posada sobre la figura que podía verse en el interior del «Mercury», cuya luz permanecía encendida.

—Ven conmigo, Archie —invitó Mark—. Charlaremos en mi coche.

McCumball le siguió con cautela. Apretaba tanto la pistola en el bolsillo de su gabardina que el seguro se clavaba en la palma de su mano.

Mark le daba la espalda. Era el momento oportuno para comenzar a disparar.

Se mordió los labios.

¡No podía hacerlo! O tendría también que matar al acompañante de Mark.

Estaba muy cerca, cuando comprendió que no era un hombre, sino una mujer la persona que se sentaba junto al volante.

Archie dio un respingo al ver el abrigo rojo. Las facciones aniñadas de una muchacha le miraban a través, del empañado parabrisas.

—¡Rosy! —gritó, muerto de espanto.

Su misma cara, su mismo cuello grácil, idéntico peinado...

—¿Qué te ocurre, Archie? —dijo Mark tomándole por un brazo —. Te has quedado pálido. Se diría que has visto algo monstruoso...

Rilla acababa de abrir la portezuela derecha, la muchacha se asomaba para mirar...

Archie se atragantó.

No era Rosy, aunque se parecía en cierto modo. ¿Es que ya comenzaba a ver fantasmas?

—¿Quién... Quién es? —preguntó con voz ronca.

—Se llama Cheryl Shaney. Ella me trajo hasta Botlow en su motocicleta. Una muchachita encantadora. Me ha prestado un gran servicio —dijo Mark, observándole con curiosidad.

Cheryl inclinó levemente la cabeza, McCumball pronunció unas palabras ininteligibles.

Claro que su corazón estaba dando saltos de alarma dentro del pecho. ¡Malditos nervios!

—Vamos, Archie, entra. Te vas a quedar helado. —Mark abría la portezuela trasera para permitirle entrar.

Se sentó. Mark estaba a su lado. Si se hubiera sentado tras el volante, Archie hubiera podido disparar contra él por la espalda. Claro que también tendría que matar a la pequeña, a aquella Cheryl Shaney que se volvía hacia él para observarle con la curiosidad en los ojos.

—Y bien, Archie. Veo que has cambiado. Estás más gordo. Yo, en cambio, he adelgazado algunos kilos. Pero no hablemos de eso. ¿Qué has decidido respecto a mí?

«Rellenarte el cuerpo de plomo», pensó Archie.

Pero lo que dijo fue muy distinto.

—Por supuesto, vendrás a mi villa. Ella también puede venir, si lo desea —ofreció, sonriendo con esfuerzo.

—Pero Rosy... —empezó a decir Mark—. Se disgustaría si supiera que Cheryl...

Archie se separó de Rilla. Estaban demasiado apretados, sin necesidad.

—Sé guardar un secreto. Por lo demás, ella disculparía una aventurilla sin importancia. Iremos a casa, está decidido. Es un lugar retirado y discreto. Allí estarás... ¡ejem!, seguro.

Mark guardó apresuradamente su mano derecha en el bolsillo de su cazadora.

—De acuerdo. Pero también necesito algún dinero —dijo.

—Oh, no te preocupes por eso. Tengo unos cincuenta mil dólares en mi coche. ¿Quieres verlos?

—De ninguna manera, confío en tu palabra. Entonces... ¿te seguimos?

Archie tuvo que decir que sí. De forma que bajó del «Mercury» y corrió hacia su coche.

En cuanto hubieron quedado solos, Cheryl miró a Rilla.

—Si deseabas una prueba, no tienes que seguir buscando, Mark. Debería haberte dicho que Rosy está muerta y... no lo ha hecho —dijo ella.

—Esa prueba no valdría ante un tribunal —respondió Mark, apretando tanto sus mandíbulas que su rostro pareció tallado a cincel.

Arrancó. Archie corría ya hacia el final de Cockery Row.

Tuvo que apretar el acelerador para no despegarse del oscuro sedán que conducía McCumball.

—Tengo miedo, Mark. ¿Tú no? —murmuró Cheryl.

—Nunca me he sentido más seguro de mí mismo que en estos momentos, pequeña —afirmó sin dejar de vigilar el coche de Archie—. Por lo demás... mira esto.

Mostraba a Cheryl algo que tenía en la palma de su mano. Ella rió nerviosamente. Pero el miedo no se fue de su corazón.

Archie rodaba a través de los arrabales de Botlow. Parecía ir escogiendo a propósito los lugares menos transitados para salir a la carretera que llevaba a Des Moines.

Luego los dos coches avanzaron velozmente por la carretera a lo largo de unas seis millas.

La alargada villa de McCumball apareció a la derecha, después de rodar una milla a través de un camino de gravilla fina.

Archie estaba esperándoles bajo el porche.

—Pasad. Hace frío —invitó.

Pero Cheryl y Mark penetraron en la casa junto a él.

—Una bella residencia, Archie —alabó Mark—. Debe haberte costado un ojo de la cara.

—No creas. El terreno me costó barato. Esto está muy lejos. Demasiado quizá. En cualquier caso, ¿para qué sirve el dinero si no es para vivir mejor? —quiso bromear.

Cerró la puerta, avanzó por el ancho pasillo y les condujo hasta el gran cuarto de estar.

Mark se desprendió rápidamente de su cazadora y la arrojó de cualquier manera sobre un diván.

—Amigo —exclamó—, esto es vivir como un rajá. Veo que has tenido buen gusto.

—Ajá —respondió lacónicamente Archie. Y añadió—: Os serviré un *whisky* ahora mismo. Pero antes llevaré esta ropa al ropero.

Mark asintió. Conectó el televisor y se dejó caer placenteramente sobre un diván junto a Cheryl.

Entretanto, Archie había salido de la estancia y registraba velozmente en el pasillo la cazadora de Rilla.

Una sonrisa plegó sus labios al comprobar que Mark no llevaba ningún arma.

Dejó la ropa de cualquier forma sobre una silla, se libró de la gabardina y guardó su pistola bajo el cinturón.

Cuando volvió junto a Mark, éste palmoteaba como un chiquillo; en la televisión estaban pasando una película de vaqueros.

Archie fue al bar y sirvió tres *whiskys*. No iban a resultarle caros. Porque para Mark y la chica iban a ser los últimos.

Estaba decidido.

Mark no sabía nada de la muerte de Rosy. Su conducta era amigable y cordial.

Ahora ni siquiera necesitaba esperar una ocasión. Mark y su amiguita estaban indefensos.

Pensando en aquello, McCumball experimentó una extraña

sensación de seguridad. Ahora que podía deshacerse del odiado Rilla... no tenía ninguna prisa en comenzar a disparar.

Puso los tres vasos sobre la mesa, Cheryl tomó dos y ofreció uno a Mark, que permanecía absorto mirando el televisor.

El incinerador de basuras era suficientemente grande como para deshacerse de los dos cadáveres durante la noche, pensaba Archie, esperanzado.

Aquella casa, que anteriormente le había parecido demasiado solitaria, ahora le ofrecía la posibilidad de cometer un doble asesinato en la mayor y más segura impunidad.

En una noche tan desagradable como aquélla, ¿quién sería el idiota que se apartase de la carretera para penetrar por el camino?

—Mientras bebéis, iré a encender la calefacción —dijo alegremente.

Pero lo que le interesaba era poner en funcionamiento el horno incinerador de basuras.

Salió de la habitación y entró en la cocina. Junto a ésta estaba el sótano en el que se alojaba el incinerador y la caldera de la calefacción.

Abrió la espita de gas y prendió fuego a los quemadores con un fósforo.

Inmediatamente volvió junto a sus invitados.

Mark apuró su vaso y miró a Archie.

—Tengo hambre. ¿Puedes ofrecernos algo de comer? —preguntó.

McCumball lanzó una risita.

Su mano salió del bolsillo de la chaqueta, armada con la pistola de Johnny Finch.

—¿Para qué, Mark... para qué si vais a morir dentro de unos minutos? —dijo con voz helada.

CAPÍTULO XV

Archie se aproximó lentamente. Gozaba con el momento.

Se detuvo a tres metros del hombre y de la chica.

Pero, cosa extraña, Mark no parecía muy sorprendido.

—Es curioso —rió McCumball nerviosamente—. Siempre pensé que en este momento comenzarías a hacer preguntas. Sin embargo, te veo muy tranquilo.

—Si es cierto que vas a asesinarlos de nada valdría empezar a hacer aspavientos. ¿Por qué quieres matarnos, Archie? No puedo comprenderlo.

Mark no miraba ya el televisor. Ahora su atención estaba concentrada en el rostro del apuesto Archie McCumball.

La sonrisa murió en los labios de éste.

—¿Por qué preguntas? —barbotó—. Siempre pensé que eras demasiado ingenuo, pobre idiota. De verdad, puedes creerlo, nunca pude tragarte.

Mark se puso en pie, pero McCumball le obligó a sentarse de nuevo.

—¡Quédate ahí! No tengo prisa por enviarlos al otro mundo. En realidad... Sí, puedo permitirme esta broma. Seréis mis anfitriones antes de morir. Invitados a la muerte, ¿no es gracioso?

Mark entornó los ojos.

Le costaba un gran esfuerzo reprimir la indignación que ardía a llamaradas en su corazón.

—Debes tenerlo todo previsto, querido Archie, para estar tan seguro —dijo.

—Así es. Después de disparar contra vosotros, arrastraré vuestros cadáveres hasta el incinerador de basuras. Será como llevarlos al horno crematorio, aunque más barato. Primero te mataré a ti, Mark. Después a ella. O tal vez a esta pequeña le permita vivir unas horas más. Es una muchacha muy bella. Ella animará mi

solitaria velada.

Pudo oírse perfectamente el rechinar de dientes de Mark Rilla.

—Pero... ¿por qué, Archie, por qué me odias? —preguntó tras un silencio.

La voz de McCumball se volvió reconcentrada.

—Te lo diré. Desde que nos conocimos en Vietnam, siempre te envidié. No debía reconocerlo, pero tú vas a morir, Mark. Te odié porque sabías granjearte las simpatías de todos... cuando yo jamás lograba tener un amigo. Te odié también porque eras valeroso y ecuánime. Tú dominabas tus nervios en la jungla, yo... ¡yo echaba a correr cuando escuchaba el chillido de un mozo o el restallido de una caña!

Mark asintió.

—Creo que es cierto. Lo veo en tu expresión. Hay un gran rencor dentro de tu corazón.

—¡Tú lo has dicho! Yo te odiaba cada vez más. Cuando te distinguieron en Quang-Tri con una medalla al valor, yo sufrí en silencio porque... todos me consideraban un cobarde. Tú ibas elevándote, yo descendía cada vez más. ¿Recuerdas el permiso por siete días que el teniente O'Banion rompió ante ti cuando el capitán Wayne lo había firmado ya? Fue porque yo hablé con O'Banion. Le dije que siempre censurabas su forma de actuar, su negligencia y su engreimiento. Sí, ya sé que tú nunca hablabas mal de tus compañeros o de tus jefes. Pero yo siempre deseé hacerte daño. ¡Era algo superior a mis fuerzas!

Calló para recuperar la respiración. Luego volvió a sonreír.

—Te odié todavía más cuando te sacrificaste por mí y elegiste la cárcel a cambio de mi libertad, Mark. Y comprendí que sólo podía pagarte aquel favor de una forma; quedándome con el botín del atraco para mí. Me prometí que jamás tocarías un centavo. ¡Sí, sé que un día saldrías de la prisión... si no morías en ella! Pero era un asunto fácil de resolver; Bob Finch, por ejemplo, se hubiera encargado de darte el «pasaporte» en cuánto hubieras puesto los pies en la calle.

Cheryl estaba aterrorizada.

Mark tenía las mandíbulas apretadas.

—Tienes razón, Archie. Ahora sé que sólo eres un bicho dañino, una especie de serpiente venenosa, un animal rastrero y repugnante

—lanzó.

Archie volvió a reír a carcajadas.

—¿Tratas de excitarme para que dispare cuanto antes? —rió, burlón—. No lo conseguirás. Porque antes tengo que decirte algunas cosas más.

—¿Todavía hay más?

—Sí. Está Rosy, por ejemplo.

—Habla.

—Bien, no hay mucho que decir. Rosy me gustaba. Era demasiado mojigata. De forma que cuando le propuse que se casara conmigo se negó e incluso se burló de mí. En una ocasión llegó incluso a abofetearme. Entonces decidí una cosa. Tenía que matarla.

—¡Archie, pedazo de sanguijuela! ¿Es posible que...? —Mark se atragantó antes de pronunciar la frase.

—¿De asesinarla? —Archie reía cínicamente—. Bueno, nunca me ha gustado mancharme los dedos de sangre. Se lo encargué a Bob Finch. En una palabra, Mark.

Rosy está muerta. Bob la mató por orden mía hace unas dos semanas... ¡Quieto! ¡No te muevas! ¡Si avanzas un paso más dispararé contra ella!

Mark Rilla volvió resignadamente a su asiento.

Todo su cuerpo se estremecía convulsivamente, a pesar de que la temperatura dentro del cuarto de estar iba subiendo rápidamente.

—¿Lo reconoces? —preguntó al fin con voz helada—. ¿Eres capaz de reconocer que la asesinaste?

Archie tomó un vaso de *whisky* y se lo llevó a los labios serenamente.

—¿Por qué no? —se burló—. Ni tú ni ella viviréis para contarlo. Los Finch por otra parte, están muertos. Se mataron estúpidamente en la granja. Logré convencerlos para que te liquidasen. Por desgracia.

Archie se interrumpió al escuchar aquel crujido.

—¿Qué fue eso? ¿Habéis oído? —Su tranquilidad se había convertido en humo.

Le vieron retroceder de espaldas, descorrer levemente la cortina y mirar hacia el exterior.

Unos ojos redondos fosforecieron en la oscuridad.

Archie comenzó a reír histéricamente.

—Había creído, había imaginado... —La risa le impedía articular las palabras.

—¿Qué...?

—Temí que fuese... ¡Qué sé yo! La policía, algún intruso. Pero no hay que temer. Es un gato, tan sólo un gato. Abundan por estos contornos. El animalito debió chocar contra la base de uno de los parasoles o contra las patas de una de las sillas metálicas que tengo afuera.

Mark miró fijamente a McCumball.

—¿Estás seguro, Archie? Los gatos no tropiezan en la oscuridad... —comentó, despacio.

—¿Cómo que no...? —Archie había respingado al escuchar la metálica voz de Rilla.

Palideció.

Porque Mark tenía razón. Y si no era un gato...

—No os mováis. O mejor dicho, poneos en pie. Me serviréis de escudo —ordenó.

Cheryl se estremeció de miedo.

—¿Qué piensas hacer ahora, Archie? —inquirió Rilla.

—Vamos a salir ahí fuera. Creo... Creo que no estaré tranquilo si no compruebo que todo está en orden. Vosotros iréis delante de mí. Si disparan... os matarán a vosotros y vuestros cuerpos me servirán de protección. ¡Andando!

Accionó un conmutador en el bar y se aproximó al ventanal. Con la mano izquierda, abrió el cierre metálico y animó a Mark y a la chica a que saliesen.

También Rilla tenía miedo... entonces.

Avanzó despacio, sintiendo sobre su rostro anguloso las chispitas heladas de la lluvia que pronto se tomaría nieve.

Dos focos situados bajo la marquesina iluminaban potentes toda la fachada.

Archie les empujó ante sí hasta recorrer la fachada en toda su longitud.

—Nada —exclamó con aire triunfal—. Pasad adentro, queridos —ordenó con burla ultrajante—. Sentiría mucho que pillaseis un constipado. ¡Este dichoso tiempo...!

Volviéron al cuarto de estar.

—¡Vuélvete ahora, Mark! —rugió de improviso McCumball.

Rilla giró lentamente sobre sus pies.

En aquel momento, Archie apretó el gatillo crispando sus facciones en una mueca satánica.

CAPÍTULO XVI

La frase triunfal que iba a gritar ni siquiera afloró a sus labios. En su lugar, un gorgoteo grotesco e ininteligible brotó de su garganta.

¿Cómo... Cómo era posible?

Acababa de apretar el gatillo y ¡Mark continuaba en pie!

Tampoco había sonado el estampido que Archie esperaba.

Su casa expresó toda la sorpresa y el horror que la situación significaba para él.

Velozmente extrajo el cargador y comprobó que no había una sola bala.

—¿Cómo... Cómo? —balbució.

Mark avanzó dos pasos.

En la palma de su mano mostraba cinco balas blindadas en acero.

—Aquí las tienes, Archie. Te quité la pistola mientras charlábamos en mi coche. No fue fácil extraer el cargador y sacar las balas, pero lo conseguí sin que apenas notaras que estaba demasiado cerca de ti.

McCumball exhaló un aullido de fiera.

Dio un salto y trató de arrebatarse los proyectiles.

Mark no retiró la mano. La cerró simplemente y golpeó salvajemente al otro en mitad del rostro.

El puñetazo, más rígido y pesado el puño que encerraba las balas, resonó como un chasquido en la estancia.

Archie cayó de espaldas y rodó sobre el pavimento de brillante *parquet*.

Cheryl oyó entonces cómo Mark Rilla gemía sordamente.

Sin embargo, aquel acceso pasó veloz. Antes de que Archie se hubiera repuesto del golpe, Mark había saltado sobre él.

Fue una lucha feroz, terrible, sin concesiones.

Los dos hombres eran robustos y sabían golpear. Sólo que Mark era más ágil y estaba animado por una decisión inquebrantable.

Había elevado a McCumball como un pelele.

Luego, sus puños comenzaron a funcionar fulminantemente.

Archie gemía y procuraba hurtar su rostro a los contundentes golpes de Rilla.

Incluso logró asestar una patada al vientre de su antiguo camarada.

Sin embargo, Mark golpeaba y golpeaba sin experimentar dolor por los golpes que McCumball lograba intercalar de cuando en cuando.

El jersey de Rilla se destrozó. La chaqueta de McCumball comenzó a caer en jirones.

Cheryl se tapaba los oídos, aterrada.

No quería ver el rostro de McCumball, que iba hinchándose monstruosamente.

Ni los puños de Mark, manchados ya de sangre.

—¡Por Rosy, canalla!

Un puñetazo elevó a Archie sobre el suelo.

—Por todas tus sucias jugadas, Archie...

Llegó un momento en que McCumball comenzó a gemir, angustiado.

Pero el aluvión de puñetazos no parecía tener fin.

Finalmente un terrible corto en el pecho proyectó a McCumball contra la pared.

Mark le contempló con los ojos inyectados en sangre y respiró estertorosamente, fatigado.

—Aún no te he matado, Archie. Quiero hacerlo con mis manos —la voz sonaba bronca, cavernosa.

Archie quiso abrir los hinchados ojos.

Sólo lo consiguió a medias.

Entonces vio las dos lanzas cruzadas sobre su cabeza.

Los astiles, de unos dos metros de longitud, eran de madera. Pero las hojas de acero medían una cuarta y estaban bien afiladas.

Un arma a propósito para cazar animales salvajes, como el jabalí.

Archie jamás las había usado. Pero ahora...

Mark adivinó su intención. Quiso llegar junto a él antes de que

McCumball agarrara una de las temibles armas.

Pero no llegó a tiempo.

Archie había descolgado la lanza y la esgrimía desesperadamente.

La brillante hoja desgarró el jersey que vestía Rilla y se clavó en su brazo.

Un grito vibrante de dolor salió de sus labios.

También Cheryl gritó de espanto al ver brotar la sangre.

Ahora, Mark retrocedía, tambaleándose.

Archie rió secamente.

Su rostro desfigurado a golpes apenas era reconocible. Los monstruosos hematomas cubrían sus facciones desde la frente al cuello.

Pero ahora tenía la lanza en sus manos.

—Te mataré —gruñó, siguiendo los pasos de Rilla.

Un sillón se interpuso en la marcha de Mark. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Cheryl adivinó las intenciones de McCumball.

Mark yacía de espaldas junto al sillón.

¡Iba a hundir la lanza en su pecho, iba a pasarlo de parte a parte...!

Cierto que estaba aterrorizada.

Para una mujer, apenas una muchacha, la feroz pelea a la que estaba asistiendo era demasiado.

Sin embargo, algo la impulsó a correr hacia McCumball, a interponerse en su camino.

Ya alzaba la lanza Archie, cuando Cheryl chocó contra él y le derribó.

—¡Estúpida! —bramó el asesino, incorporándose velozmente.

Cheryl chilló estridentemente al ver alzar la hoja de acero sobre su rostro.

El terror la inmovilizó.

Esperaba sentir el horrible dolor de la herida, aguardaba indefensa ver brotar la sangre a chorros.

Pero aquello no llegó a ocurrir.

Mark había atenazado a su enemigo por un tobillo. Tiró con fuerza y arrastró a McCumball.

La lanza rebotó contra el *parquet* y rodó por el suelo, mientras

Mark se ponía en pie.

—Sólo puedo hacer ya una cosa, Archie, maldito asesino... ¡matarte! —murmuró.

Archie no quería morir. A pesar de que su rostro era un puro dolor, a pesar de que estaba asfixiado y sin fuerzas.

Fue a levantarse, pero Mark le derribó de una feroz patada en el pecho.

Quedó de espaldas, casi perdido el conocimiento, cortada la respiración.

Rilla vio el temible dardo a cinco metros de distancia.

El rencor, la furia... pusieron un velo rojo ante sus ojos. Lentamente caminó coleando hacia la lanza.

Su jersey —lo que quedaba de él— estaba completamente empapado en sangre. Detrás de él, el *parquet* quedó marcado por los gruesos goterones.

Archie oyó el arrastrar de sus pasos.

Abrió los ojos con esfuerzo.

Y vio la pistola. Más allá, una de las balas que habían rodado sobre el pavimento.

La pistola estaba bajo uno de los lujosos divanes tapizados en auténtica piel. Unos tres metros le separaban del arma.

Mark, entretanto, se inclinaba, casi a punto de perder el conocimiento, sobre la lanza.

McCumball gritó furiosamente y se incorporó.

Cheryl veía a los dos hombres.

Cada uno de ellos sólo vivía para una cosa: Para matar al otro.

El horror de aquella situación marcó un rictus de espanto en sus finas facciones.

Pudo escuchar perfectamente el rumor que producían las uñas de Mark rascando el pavimento para tomar la lanza en sus manos.

Archie gruñía como un animal, inclinado sobre el diván, ansioso por apresar aquella pistola.

Para Cheryl sólo había una elección.

Y se decidió a favor de Mark, naturalmente.

¡La mesita con ruedas donde Archie había depositado los *whiskys*!

Velozmente, con la angustia en la garganta, se incorporó, la tomó con sus manos y la empujó con todas sus fuerzas hacia

delante.

Archie estaba introduciendo la bala en el cargador en aquel momento.

La mesita de servicio chocó con fuerza contra la pistola y se la arrancó de las manos.

Al otro lado de la habitación, Mark alzó el brazo izquierdo y avanzó lentamente hacia el lugar donde McCumball jadeaba fatigosamente.

Cheryl exhaló un gemido.

El rostro de Mark Rilla se había crispado terriblemente. Se adivinaba que había puesto sus músculos en tensión, que sujetaba ferozmente el astil de la lanza.

—¡Mark...! —gritó la muchacha—. ¡Mark, deténte, no lo hagas, por favor...!

Rilla se detuvo y la miró.

Vagamente, como si sus ojos enrojecidos no pudieran verla.

Archie temblaba de espanto, de rabia, de impotencia...

—El asesinó a Rosy, pequeña —dijo Mark con voz fatigada—. ¿No comprendes que tengo que hacerlo?

La muchacha se mordió los labios.

Mark había levantado la lanza en el aire. Cheryl cerró los ojos.

No podía, ¡no quería verlo!

Oyó el golpe. Seco, tajante.

Cheryl comenzó a gemir, desconsolada.

Abrió los ojos, vio a Mark.

¿Por qué sonreía él ahora? ¿Hasta ese extremo llegaba su brutalidad?

—Voy a marcharme, Mark. No volveremos a vernos —dijo de repente, poniéndose en marcha, decidida a escapar inmediatamente de allí.

Entonces vio la lanza... profundamente clavada sobre el *parquet*.

McCumball seguía vivo, aunque gemía como una mujerzuela.

En aquel momento resonó un estrépito considerable en la puerta grande de la alcoba de McCumball.

El sargento Page penetró en la estancia a la carrera.

Tenía el semblante pálido y el cabello alborotado.

Media docena de agentes de uniforme llegaron junto a Mark. Uno de ellos le encañonó con su metralleta, otro sacó unas esposas y le encadenó con rapidez increíble.

—Pero ¿qué diablos creen que están haciendo? —rugió Alexander Page—. Suéltente, vamos ¡suéltente! A quien tienen que esposar es a McCumball.

Cheryl suspiró levemente.

Los policías miraban, incrédulos, a los dos hombres. Sus ojos iban alternativamente del brazo empapado de sangre de Rilla al rostro desfigurado de Archie McCumball.

—¿Qué pasó, sargento? —preguntó Mark—. Hace rato que están dentro, ¿no es cierto?

Page señaló la puerta de la alcoba con el gesto.

—¡Esa condenada puerta, Mark! —exclamó. Y añadió—. Es de cierre automático. Entramos cuando McCumball os obligó a salir. Uno de mis hombres cerró la puerta. Cuando quisimos abrirla... ¡no pudimos hacerlo!

—Pero... este asesino pudo matarnos a los dos. En realidad estuvo en un tris de conseguirlo. Logró herirme. Tengo una herida de veinte centímetros de longitud —dijo Rilla con reproche.

—Lo siento, Mark. ¿Cómo podría hacértelo comprender? Cierto que podíamos haber hundido la puerta, pero temí... temí por vosotros. Podía mirar por una rendija, veía la pistola que este tipo tenía entre las manos, ¿comprendes? Temí que al escuchar ruido comenzase a disparar.

—Comprendo —una leve sonrisa distendía los labios del presidiario—. ¿Consiguió grabar la conversación, oyeron lo que dijo?

El policía entreabrió su chaqueta y mostró un pequeño magnetófono a pilas.

—Aquí está todo. McCumball irá a parar a presidio. ¡Lástima que haya sido abolida la pena de muerte en todos los Estados de este país!

Dos policías habían puesto en pie a Archie, que respiraba muy mal todavía.

—¿Creen que eso —señalaba el magnetófono— va a servirles como prueba? Lo siento, sargento Page, pero va a morder el polvo. No tiene pruebas de convicción contra mí, aunque haya escuchado

lo que dije. Demostrar ante un jurado que asesiné a Rosy Polk sería imposible. ¿No tiene miedo a las consecuencias?

Parecía haber recuperado su ánimo y trataba de desmoralizar al suboficial del Departamento de Policía.

—Tiene razón —asintió Page—. La grabación de este aparato no constituye una prueba legal... aunque pueda servir para aportar algunos datos e incluso para inclinar el ánimo de un jurado.

McCumball lanzó una risotada.

—¿Ve? ¿Se convence? A usted le costará su empleo y a Rilla la vuelta al presidio —vaticinó, más seguro de sí mismo a cada instante.

Page rió abiertamente.

—¿Usted cree, McCumball? —preguntó con ironía. Y volviéndose hacia uno de sus hombres, añadió—: McComb, ¿quiere mostrar a este hombre lo que encontramos en su coche?

El agente abrió un pañuelo y desenvolviéndolo, mostró su contenido.

McCumball parpadeó, incrédulo. ¡Allí estaba la fotografía de Rosy, la navaja con sus propias huellas e incluso la pitillera!

Los Finch habían sido demasiado desconfiados y en lugar de guardar aquellas pruebas, las habían escondido en su propio sedán.

—He visto las huellas. Son las tuyas, McCumball, sin ninguna duda. Eso supone que todo ha terminado para usted —dijo el sargento Page.

Archie comenzó a gritar espeluznantemente. Tuvieron que arrastrarlo fuera de su casa un momento más tarde.

—¿Y ahora...? —preguntó Mark Rilla, apoyándose sobre la pequeña Cheryl.

—¿Ahora? —Page sonreía—. Volverás a prisión, naturalmente.

Mark apretó las mandíbulas. Bajo su mano sintió la crispación de los músculos de la muchacha.

—Volverás para... salir, Mark. La operación de tu fuga fue montada con el conocimiento del director de la prisión. Cierto que Johnny Finch ha muerto... Ello creará algún malestar. Pero tú no vas a pagar por ello, Mark. Puedes creerlo. Antes de un mes habrás conseguido tu libertad.

Estrechó su mano, mientras un agente vendaba rápidamente su herida.

Poco después abandonaba la villa. Cheryl caminaba junto a él, triste y silenciosa.

—¿Y ahora, Mark? —preguntó ella también, desesperada.

—¿Ahora? —También Rilla sonreía. Y con ello sus duras facciones se dulcificaban extraordinariamente—. Puedes ir a visitarme a la prisión. Un mes pasará pronto. Hablaré con el sargento Page. Él te conseguirá alojamiento. Todo irá bien, no tienes que preocuparte, pequeña.

Ella le apretó por la cintura, con ternura.

—¿Y después, Mark? —Tornó a preguntar.

—¿Después? Pues... tomaré un empleo en un garaje. Ganaré bastante dinero, no creas. Tengo algunos planes. Tú también estás incluida en ellos.

—¿Nunca olvidarás a Rosy, Mark?

Rilla pegó los labios en una mueca de amargura.

Pero un momento después la sonrisa volvía a su rostro.

—¿Por qué debiera hacerlo? Fue mi novia, una mujer honesta y fiel. No debo olvidarla. Lo contrario sería lamentable Cheryl. La recordaré con ternura, con amor. Será un dulce recuerdo. Pero ello no significa que tú estés fuera del asunto. En verdad, no creo que Rosy se disgustase si tú y yo decidimos unirnos cuando salga de la cárcel, ¿eh?

Cheryl le miró con los ojos brillantes.

Quiso decirle muchas cosas a aquel hombrón fuerte que caminaba junto a ella hacia el coche de la policía.

Pero sólo pudo exhalar un ahogado:

—¡Oh, Mark...! Voy a esperarte.

Y le ofreció los labios.

Luego el sargento Page se llevó a Mark, mientras otro agente acompañaba a Cheryl hasta otro automóvil.

La herida del brazo se había enfriado y comenzaba a doler en serio.

Pero desde el coche policiaco Mark sonreía. Elevó el brazo en señal de saludo.

Luego el coche se alejó en la oscuridad.

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un **MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE** o si lo prefiere de **UN MILLON DE PESETAS**.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



NOTAS

[1] «Escrúpulos», en idioma inglés. (N. del A.). < <

[2] Comprador de objetos robados. (N. del A.). < <